



S. MARÍN  
ARRIETA

EL  
CARNERO  
AZUL



S. MARÍN ARRIETA

# **El Carnero Azul**

© Todos los derechos reservados.

*“Prefiero un vicio tolerante a  
una virtud obstinada”*

MOLIERE

*“Seguir un sólo camino es retroceder”*

IGOR STRAVINSKY



# Prefacio

La muerte es lo único eterno pues uno se muere definitivamente. No hay opciones. Y todos los inventos de las religiones respecto del más allá, de otra vida, de un paraíso, un cielo, un nirvana, las 72 *huríes* (en realidad vaginas) siempre vírgenes, etc., no son más que fantasías destinadas a mantener la ilusión de las personas con la finalidad de controlar sus vidas. Y esto lo descubrí en ese preciso momento, cuando tenía once años, mirando al interior del féretro donde descansaban los restos de mi padre, y pude percatarme que no era más que un despojo, un cuerpo inútil, porque la fuerza vital que, hasta ese entonces, le había convertido en un individuo con derecho a oxígeno, le había abandonado. No respiraba y eso, más allá de cualquier especulación filosófica, no dejaba lugar a ninguna duda que había dejado de existir, de ser «algo», de ser «alguien». Y no le encontraba ningún sentido a las palabras de aquel cura que hablaba del «seno de Dios», del «amorado lugar» donde supuestamente había viajado el alma de mi padre, ya que, para mí, no estaba aquí y punto. ¿De

qué podría servirme que estuviera en cualquier otro lugar? Y, además, ese «lugar» no es más que un supuesto inde-mostrable, una «creencia», que permite a las personas considerar que siempre tiene otra posibilidad de hacer de su vida algo útil, lo que les autoriza desperdiciar olímpicamente ésta.

Porque mi padre había sido un completo inútil. Su vida fue el epítome del fracaso. Durante décadas se pasó escribiendo su «obra maestra», esa novela que le convertiría en una leyenda de la literatura, que le daría fama y fortuna y, lo más importante, haría que todos aquellos que se burlaban de él, y que eran muchos, se tuvieran que tragar su risa o, como decía él, «congelaré sus burlas y se las meteré en el culo». Y ahí estaba, metido en ese cajón de dos metros por setenta centímetros, con un acolchado ordinario, vestido con su mejor traje que hacía pensar en las condiciones que pudiera tener su peor traje... Y yo, con mis once años, le observaba sin poder decidir qué sentía. ¿Le echaría de menos? ¿Cómo se puede echar de menos a alguien que jamás te acarició la cabeza? Ni siquiera me dio un coscorrón. Porque los niños, cuando crecen, recuerdan con alegría aquellos golpes paternos que tienen el propósito de indicarle a uno lo correcto porque, finalmente, es una forma de cariño. Pero mi padre no tenía idea de lo que era correcto, ni de lo incorrecto, ni de nada que pudiera considerarse un sentido de la vida. Para mí, era como una planta, de esas que pones junto a la ventana, que riegas cuando te acuerdas y que, de pronto, descubres que se

secó y que hay que tirar a la basura. Porque todo lo que quedaba de ese hombre no era más que un desperdicio. Su cuerpo, que pronto sería devorado por los indolentes gusanos; su familia, que jamás tuvo para él una relevancia; su «obra maestra», que no era más que una infinidad de frases incoherentes que se acumulaban en más de quinientas carillas... Y las leí todas, tiempo después, cuando por alguna razón inexplicable me picó el bichito de las letras y quise saber si realmente había escrito algo de valor. Pero era basura. Describía a las personas como «ese gusano apestoso que comía mierda de paloma» o creaba un ambiente erótico diciendo: «el cabrón se calentaba tocándole el enorme culo...», frase que quizás quedaría bien en una mala novela porno, pero que no eran para Premio Nobel. Aunque lo de la mierda de paloma... Pero, finalmente, hice una gran hoguera con su «obra maestra» y fue un acto de piedad. Si aquello caía en manos perversas, seguirían burlándose de él incluso después de que en su tumba no quedaran más que un montón de huesos amarillentos.

Mi madre, que en ese entonces cumplía sus cuarenta, ya tenía hacía tiempo un amante, un tipo gordinflón con cara de camello y que olía a camello, pero que le daba buenos regalos. Y yo no me disgustaba por ello, mucho menos después de leer a Mariani, su trágico «Pobre Cristo», donde dice: «Los cuernos son como los dientes; duelen cuando salen, pero después sirven para comer». Y comíamos bastante bien, especialmente mi padre que, conscientemente cornamentado, guardaba púdico silencio y

masticaba con entusiasmo. Porque no podía quejarse, evidentemente, de una situación de la cual era responsable. Y cuando estiró la pata, mi madre fue la única que lo lloró, pues mis ojos estaban tan secos como una galleta. Entonces me di cuenta de que ella le quería de verdad. ¿Por qué llorarlo, si no? Nunca había sido hipócrita y no tenía ninguna razón para serlo en ese momento. Y cuando expresó aquel «pobrecito», que le salió del corazón, frente al ataúd, me hizo pensar, a mi breve edad, que el cariño, más que el amor, es el verdadero lazo entre las personas. Porque no había amor entre ellos, no, por lo menos, en el sentido que le damos a esa palabra cuando nos referimos a la pareja. Pero había cariño y ese sentimiento, que no comprendí entonces en su real dimensión, le había mantenido unida a aquel pedazo de hombre inacabado e infértil, que jamás había aportado absolutamente nada a la familia. Familia de un hijo, yo, el bobo Toto, de quien todos se reían, no porque fuera chistoso o tuviera alguna característica graciosa, sino por el simple hecho de ser hijo de mi padre, de quien todos se burlaban. Y esa, puedo decirlo, fue su única herencia que, por suerte, no duró mucho. Porque unos meses después nos mudamos de aquel barrio, bastante mediocre, a otro peor, ya que el cara de camello encontró una amante más joven y mi madre no encontró otro camello. Así que tomamos las pocas cosas que poseíamos y nos marchamos a una nueva casa; dos cuartuchos con un ventanuco pequeño que daba a un patio de luz y que, incluso de día, exigía tener la luz encendida, cosa que

dejamos de hacer muy pronto para ahorrar electricidad. Pero no era un problema para mí, pues me pasaba el día en la calle, en la plaza, arrancando de la policía, de los jardineros, de los *skinhead*, de los *zombis*, de todos aquellos que tienen algún motivo para odiarte, aunque no tengan ninguno.

Pero no piensen que era un niño triste. Mucho menos asustado. Cuando llegamos a ese nuevo barrio fuimos recibidos por una especie de comitiva bastante peculiar; la señora Graciela, del Mini Marquet, quizás pensando ingenuamente en nuevos clientes; don Silvio, el dueño de la casa y que nos arrendaba las dos piezas; y tres mocosos con caras de depravados que nos hacían gestos obscenos. Pero mi madre fue habilidosa y logró que doña Graciela le diera un empleo de medio tiempo en su Mini Marquet, haciendo aseo. Y don Silvio comenzó el consabido acoso que nos permitiría vivir en esos cuartuchos sin pagar, por lo menos por un tiempo. Y los tres mocosos se convirtieron en buenos amigos míos y que duraron hasta que uno de ellos murió de una paliza y los otros dos fueron a la cárcel. Yo me salve por los pelos, pues el día que los atraparon vendiendo drogas no estaba con ellos. Y me quedé solo, sin tener con quién hacer maldades.

Un día mi madre me dijo que tenía que volver a la escuela, que no quería verme convertido en un vago ni, menos, en la cárcel. El dilema era: si iba al colegio y luego, por algún azar del destino, podía estudiar una carrera técnica —no digamos universitaria—, me pasaría unos quince

años estudiando y luego otros diez antes de conseguir un empleo con un sueldo relativamente decente. En cambio, vendiendo drogas, podía hacer fortuna en un par de años y evitarme todas las molestias del estudio. Pero luego que mis compinches fueran a la cárcel, sin olvidar al pobre José al que le reventaron el hígado, me la pensé dos veces y decidí que, si bien la primera opción era trabajosa y poco segura económicamente hablando, tenía el beneficio de no ser fatal o, en el mejor de los casos, no implicaba el pasarme veinte años en la prisión. Así que, asumiendo que ingresaba a una nueva etapa en mi vida que estaría marcada por el tedio, tomé los libros y cuadernos y decidí convertirme en un «hombre de bien», cuestión que hasta hoy no tengo idea qué significa, en su acepción social.

Pero no me fue tan mal como pensaba. Mi ingenio fue suficiente como para aprender con rapidez. Y aprendí lo fructífero que puede resultar el cinismo bien aplicado. La mayoría de los profesores me consideraban un «buen alumno», respetuoso y dedicado. Si supieran quién era el que tapaba los guáteres, quién rallaba las pizarras con obscuridades, quien le echaba Agorex a los borradores, quien le ralló el auto al antipático del director, quién echó mierda en el amado trofeo escolar, quien cortaba los cables del timbre, quien puso la araña peluda en la cartera de la vieja de religión, etc., tendrían una opinión muy diferente. Pero entonces jamás hubieran pensado que yo era capaz de tales cosas. Y créanme que ahora me siento algo

avergonzado por todo ello, a pesar de mi posterior confesión. Algo, porque entonces tenía muchas justificaciones para todo aquello.

Mi vida cambió radicalmente varios años después y a causa de dos mujeres; la chica Sonia, una compañera que despertó mis hormonas, y la señorita Vargas, que despertó mis neuronas. La primera produjo en mí aquel sentimiento romántico que me hizo soñar y sufrir, como corresponde a esa edad. Y también despertó el odio cuando, después de armarme de todo el valor del mundo para poder expresarle mis sentimientos, me miró como si tuviera la peste, para luego ponerse a reír como loca. Nunca he vuelto a sentir tanta vergüenza, humillación. Incluso llegué a elucubrar las más sofisticadas formas de venganza, que iban de lo cruel y despiadado, a lo humillante y ofensivo. Pero cuando al año siguiente Sonia presentó los indudables signos del embarazo, cuyo responsable era uno de los «galanes» de la escuela, es decir, un *flaite* con la cara llena de granos, a quien apodaban «gorrión» por lo piojento, no tuve necesidad de materializar ninguna de mis meditaciones venganzas; todos decían de Sonia que era una puerca por haberse metido con aquel «picante». Y, extrañamente, sentí lástima por ella.

Con la señorita Vargas fue distinto. Era nuestra profesora de castellano y se daba ínfulas de ser poetisa, además de comentar que escribía una novela. Yo recordé a mi padre y veía a la Vargas en el ataúd, junto a él. Pero estaba

equivocado. La señorita en cuestión tenía una amplia cultura literaria y se manejaba muy bien con las palabras. Comencé a interesarme en la literatura y, sin darme cuenta, fui atrapado por su influjo. Y por la señorita también, ya que, por carecer de atractivos físicos, se había volcado en busca de despertar su interés por la vía artística. Los varones decían de ella que era una mujer inteligente y culta, pero fea. Así que una tarde en que me quedé en su casa leyendo poesía romántica europea, y después de un par de copas, casi sin darnos cuentas nos encontramos metidos en la cama, fornicando a más no poder. Mi experiencia a ese respecto era prácticamente nula y la de ella, al parecer, también. Pero lo disfrutamos muchísimo. Claro que, pasado el furor, ella se dio cuenta de la situación y me hizo jurar que no le diría a nadie de nuestro «error». Jamás lo hice. Y al parecer a ella le gustó mucho seguir cometiendo aquel «error» durante todo ese año, al final del cual, renunció. Y ni siquiera se despidió de mí. Incluso llegué a pensar que había quedado embarazada y, obviamente, no podía quedarse. Nunca lo supe, nunca más supe de ella, nunca sabré que sucedió y ese misterio me ha acompañado desde entonces y me iré a la tumba sin descubrirlo.

Pero la semilla literaria que ella había puesto en mí, sin duda me embarazó, pues desde entonces comencé a sentir la necesidad de escribirlo todo. Y leerlo todo también. A partir de entonces, mi vida estaba definida y clara. Pasara lo que pasara, sucediera lo que sucediera, sería escritor, a

pesar del pánico que sentía de recordar a mi padre, pensando en que podía convertirme en algo parecido a él. Y cuando decidí escribir mi primera novela tuve todo un conflicto, porque pensé que no cabríamos tres en el ataúd de mi padre. La diferencia resultó cuando, en el último año de escuela, recibí un premio por un cuento. Fue, para mí, algo determinante. Mi madre no estaba muy convencida, pues ella esperaba que terminara como empleado en alguna empresa, pero al ver mi alegría por haber logrado aquella meta, se guardó su opinión y me dejó hacer.

Gracias al apoyo de algunos profesores logré una beca para estudiar literatura en una universidad. A partir de entonces mi vida cambió de forma tan radical que hoy, luego ya de muchos años, mi pasado anterior me resulta incomprendible, como si no fuera mío, como si esa vida le perteneciera a otro, que pereció en algún momento indefinido, dando paso a una nueva persona, un nuevo ser, que nació en otro momento también indefinible y que surgió casi de la nada, proyectándose hacia un universo que, hasta hoy, me ha resultado tan perfectamente propio, de una pertenencia tan abrumadora, que no puedo describir con palabras, aunque ese sea mi oficio. Porque en la vida siempre nos enfrentamos a nuevas situaciones, nuevos avatares que debemos asumir para comprender a los demás y a nosotros mismos. Y todo ello termina por confundirse, por mezclarse, por tomar cuerpo en nosotros y, a la vez, extrañamente, fuera de nosotros o, mejor dicho, conformando

un nuevo ser que renace permanentemente, cuando abandonamos las costumbres, las estructuras repetitivas que no requieren esfuerzo de nuestra parte para comprenderlas. Entonces nos vemos insertos en una maraña de realidad sin fin, de constantes transferencias de nuestra propia vida hacia nuestra propia vida pero que, como un caleidoscopio, siempre nos da imágenes diferentes, pero extrañamente iguales. Sé que parece incongruente, surrealista, ciencia ficción, pero es la realidad que nace de nuestra realidad, cuando rompemos con los esquemas y construimos nuestra vida como un permanente hacer, cada día, cada minuto incluso, de nosotros mismos nuestra propia obra.

Mi madre tuvo la buena suerte de conocer la prosperidad que conseguí, por lo menos por un tiempo, y la disfrutó sin disimulo. Una mañana, al ir a despertarla, extrañado porque no se había levantado, la encontré tendida en su cama, tesa y fría, con la mirada fija en el cielorraso. Su rostro se veía pacífico, mucho más calmo de como se lo había conocido. Me quedé un buen rato observándola, intentando descubrir en mí aquella emoción que me hiciera llorar, lamentar su pérdida, pero nada sucedió; ni en ese momento, ni cuando la sepulté, sin más compañía que una rosa blanca, que era su flor preferida, pude sentir más que una pena por lo que había sido su vida, por sus dolores y su vergüenza, sin que aquello me afectara de la forma como debería haberlo hecho. Entonces pensé que no era yo una buena persona, que no poseía los atributos para

serlo, pues si era incapaz de sentir dolorosamente la partida de la propia madre, ¿qué podría sentir por todo lo demás?

Soy el ente que he creado a consciencia e inconsciencia. A veces bueno, a veces malo. A veces humano y también inhumano. Generoso y egoísta, así como sincero e hipócrita. Porque frente a cada momento debemos asumirlo como algo completamente nuevo. Probablemente la gran mayoría, sumido en esquemas preestablecidos, prefabricados y predigeridos, jamás se cuestiona su realidad; simplemente la asume con aquellos datos básicos que hacen que su mundo se resuelva fuera de ellos y a eso le llaman, equivocadamente, *personalidad*. Yo le llamo «invivencia», esa *no vida* que simplemente transita de un punto a otro como si no les perteneciera realmente. Y por ello la mayoría se queja, porque no comprende que la vida no es más que un vehículo y que es decisión propia el subirse a él o quedarse abajo y verlo pasar, frente a nuestros ojos, como si le perteneciera a otro.

No me comprenden, en realidad... Y lo entiendo. No es fácil de explicar algo que no pertenece al mundo racional, que no encaja con nuestra realidad habitual, sino con aquella que se confecciona uniendo múltiples factores, la mayoría de los cuales son completamente fortuitos y sobre los cuales nuestra capacidad de decisión resulta completamente inútil, cuando no inadecuada. Y las páginas que siguen se dedican precisamente a eso, a ese cuestiona-

miento perpetuo de nuestra vida que transita en ese también engañoso perpetuo presente. Todo lo anterior ha tenido por objeto mostrarles cómo un tipo como yo, cuyo origen fue tan humilde y crispado como el de la mayoría, he logrado *subirme* a la vida, montarme sobre el destino, convirtiéndome en un protagonista y no, como la mayoría, en simple artefacto decorativo, en implemento de esta escenografía que, en el fondo, no dice nada.

Probablemente no comprendan lo que sigue; a veces ni yo mismo logré darle un sentido claro. Pero ¿es que todo debe tener sentido? O dicho en la forma que quizás sea la correcta, ¿por qué consideramos que las cosas tienen sentido cuando las *comprendemos*? Porque mi experiencia me dice que todo, absolutamente todo, tiene un *sentido*, aunque en la mayoría de los casos nos resulte incomprendible.

¿Por qué el *carnero azul*? No puedo concluir este prefacio sin antes explicarles ese detalle que, en el fondo, da cuerpo a todo este trabajo.

Cuando murió mi padre que, como ya saben, siempre soñó con ser un gran escritor, prácticamente no dejó nada: un montón de páginas incoherentes, infinidad de libretas con apuntes indescifrables que sólo él era capaz de comprender, y algunos objetos que quizás tuvieron para él alguna relevancia. Lo desconozco. Nunca contó nada sobre

su pasado, sus experiencias. Y entre todos esos objetos había uno que siempre me llamó la atención; era un carnero de hierro de una forma bastante extraña, ya que su cuerpo era pequeño y su cornamenta tanto o más grande que su cuerpo. Y era de un azul eléctrico que, como niño que era, me atraía por su pureza y brillo. Estaba de pie, con el hocico abierto como emitiendo un sonoro balido. Fue el único objeto de mi padre que guardé y que conservo hasta hoy, aunque nunca pude entender por qué él lo tenía, que significaba para él. Luego supe que soñar con carneros es muy buen augurio, especialmente si están balando, pues atrae éxito, riqueza y fama. A él de nada le sirvió, pero, quien sabe si su influjo benéfico estaba destinado para mí, que lo he conservado y llevado conmigo a todas partes, como un talismán. Y cuando escribo lo tengo allí, en un estante, frente a mi escritorio, observándome y observándolo. Y sus soberbios cuernos, señal de abundancia y potencia, están siempre en una actitud desafiante, como preparado para enfrentarse a cualquier obstáculo.

Mi carnero azul es, sin duda, mi símbolo, razón por la cual he decidido utilizarlo para titular estas especies de memorias, tan fieles como cualquiera, donde espero dejar plasmada esa realidad incomprensible que es la vida, mi vida, la de todos...

# I - Un Templo de Palabras

Podría decir que escribir es, para mí, como respirar, comer, hacer el amor... Pero no es así. En realidad, escribir, para mí, es la consecuencia de respirar, comer, hacer el amor... Es la reacción consecuente a la acción de vivir. Fernando Salvatierra era un cretino, sin duda, pero uno de esos cretinos deliciosos, cuyo cretinismo nacía, no de la intención de estropearles la vida a los demás, sino de estropeársela a sí mismo, lo que es bastante peor. Porque *los demás* — título del siguiente capítulo—, son sólo eso; *demás...* Podrían ser nada si no fuera porque son algo; son los *demás*, aunque eso valga muy poco. Pero ya repararemos en esa cuestión. Volvamos a Fernando que, a pesar de ser un cretino —no en el término académico que significa «imbécil» o «mentalmente incapaz», sino en su acepción vulgar, es decir, «cínico infeliz de mierda»— o quizás precisamente porque lo era, tenía un ingenio descolocante, lanzando aquellos cuestionamientos que destruían cualquier intento por ser racional, como un «Heyoka», ese personaje de los sioux, que se burlaba las opiniones y creencias.

—¿Te has fijado —decía, por ejemplo— en el efecto formidable en el pensamiento que tienen las hemorroides?

Y uno, el muy idiota, se quedaba pensando al respecto. ¿Qué tenían que ver las hemorroides con el pensamiento?

—Un tipo con hemorroides —explicaba con ese tono académico que le era característico y que sin duda no tenía otro propósito que el de acentuar la burla que hacía de nuestra inteligencia— no es un tipo feliz. No puede serlo. Piensa solamente en cuál es su reacción cuando, en medio del desarrollo de un tratado filosófico o histórico o antropológico, le vienen las ganas de cagar. Inmediatamente piensa en cómo le va a doler el culo. ¿Crees que puede, en esas circunstancias, llegar a una conclusión feliz sobre cualquiera que sea el tema que trata?

—¿A dónde quieres llegar? —le preguntaba yo, consciente de que su respuesta, a pesar de ser una bofetada a nuestra dignidad intelectual, sería sin duda lo suficientemente inteligente como para hacerle a uno pensar al respecto.

—Sólo expongo el hecho evidente y demostrable —decía con su tono ya mencionado— que, sometido a los furiosos dolores de un recto delicado, ningún ser humano puede considerar que algo en esta vida valga la pena ya que, si el simple y natural hecho de evacuar los intestinos implica un sacrificio tan injusto como aquel, ¿qué se puede esperar de actos mucho más elevados y trascendentes? Probablemente tipos como Sócrates, Kant, Hegel,

Marx, sufrían de esta salvaje congestión pues de otra forma no se explica que hayan puesto tanto empeño en cagarle la vida a sus semejantes.

La verdad es que a mí me importaban un bledo las hemorroides de esos pensadores y, además, no existen evidencias de algo así. Sólo sé que Marx sufría de furúnculos purulentos que le hacían sufrir muchísimo. Sócrates era feo y, probablemente en una cultura donde reinaba la belleza como eje trascendental, debió ser bastante frustrante. De Hegel, nada. Kant quizás pudo sufrir aquel sangrante mal, pero era un hombre lo suficientemente metódico como para haberlo soportado con estoicismo. Pero la cuestión era, en esencia, ¿para qué mierda estoy buscando explicaciones a una idea tan estúpida?

Pues esa era la gracia del cretinismo de Fernando, el que te embarcaba en las disquisiciones más idiotas y, sin darte cuenta, terminabas discutiendo un asunto que no tenía relevancia alguna. Entonces él se reía a gritos y me decía:

—Eso es la política, amigo mío, el obligarte a pensar en una dirección que no es más que un distractivo de lo principal.

Y cuando leía un libro, siempre seguía el patrón mental de Fernando, pensando respecto de si el autor no estaba diciendo todo aquello precisamente para hacerme pensar en algo completamente distinto a lo que quería decir. Porque uno da por sentado que los escritores tienen por propósito exponer sus opiniones e ideas y explicárselas a uno

de diversas formas, pero ¿y si no fuera así? ¿Si, en realidad, no fueran más que unos prestidigitadores cuyo propósito es engañarnos respecto de sus verdades? Pero ¿con qué fin? Quizás ni los mismos escritores se dan cuenta, quizás es sólo una bufonada de su subconsciente.

Entonces comencé a poner atención en mí mismo. ¿Era veraz, auténtico, en lo que escribía? ¿Qué quería decir con todo ese templo de palabras que construía cada vez que escribía un libro? Y descubrí que, en la mayoría de los casos, no hacía otra cosa que sembrar el camino de tachuelas, de escombros, de hojarascas, entre las cuales dejaba caer algún grano de autenticidad, como intentando esconderlo. Y pude ver que la mayoría de los escritores hace lo mismo. ¿La mayoría? En realidad, no encontré ninguno del que se pudiera concluir que era *auténtico* en el estricto sentido del término. Y la cuestión era ¿es posible ser *auténtico*?

Sería fatal; fatal para el escritor, para la literatura, fatal para el arte, la vida... Porque ser *auténtico* resultaría ser espeluznantemente tedioso y la literatura, si no es entretenida, está muerta. Hay que mentir, hay que esconder, hay que engañar, hay que cubrir con palabras las verdades y éstas, a su vez, no deben ser completamente *auténticas*, pues perderían su esencia. Es necesario explicar este punto y, por favor, no piensen que estoy haciendo filosofía, que es, quizás, la forma más falaz de esconder las verdades. Simplemente digo que, necesitados de hacer pen-

sar a los demás de cierta forma —forma que nosotros queremos—, se hace imprescindible convertir nuestras propias ideas en ajenas, buscando que el lector sienta que son suyas, no nuestras. Entonces, cuando el lector, en un momento dado, se sonríe y dice o piensa:

—Es junto lo que yo pienso... —entonces hemos dado en el centro de la diana, en el corazón de su cerebro, logrando injertar nuestro pensamiento en el suyo. Y eso no deja de ser *auténtico*.

Porque toda vida se desarrolla a través de los injertos — como muy bien lo explicara Naomi Mitchison—, pues es a través de ellos que logramos *inspirar* a nuestros semejantes. ¿Y qué es un injerto? Hacer que una planta tipo A produzca frutos tipo B. No importa qué tipo de planta sea el lector; si logramos que piense como uno, hemos logrado hacer un injerto perfecto pues, en realidad, deja de ser A, para ser B, incluso sin quererlo. Y eso nos convierte, a los escritores, en jardineros de la mente. ¿Y para qué queremos tal cosa? Los filósofos, para sentirse dioses; los políticos, para conseguir votos y conservar sus privilegios; los artistas, para vender sus obras; yo, que nunca antes me lo había cuestionado, ahora sé que lo hago por una sencilla y única razón: porque puedo.

Y todo esto, aunque parezca increíble, ha sido consecuencia de las hemorroides de Fernando, una falacia convertida en realidad. La cuestión es, ¿hasta qué punto no soy yo un injerto de Fernando? Y deberíamos decirnos también ¿hasta qué punto es realmente cierto? Quién

sabe si ni siquiera es necesario. Da igual. Porque finalmente no es más que un juego en el cual no hay más reglas que ganar. ¿Ganar qué? No importa.

Cuando ahora escribo un libro, siento que me hundo en mis propias conjeturas, que me cuesta mantenerme a flote, pues de una forma invariable, el engañador siempre es engañado, especialmente por sí mismo. Porque uno tiene que estar completamente convencido de lo que dice para que los demás lo crean. Probablemente, una vez escrito, uno reconozca que no son más que patrañas, pero ese es otro asunto.

Un libro debe ser construido como un templo, pensando en los «fieles» que han de visitarlo. Debe ser espacioso, con cómodas bancas, con vitrales que jueguen con la luz descomponiéndola en colores llamativos. Debe tener altura, mucha altura, para que resuene el eco de nuestros pensamientos. Múltiples personajes deben estar presentes, como los santos, prometiendo todas aquellas versiones que los fieles necesitan para sentirse interpretados y, lo más importante, para que les concedan todos los favores que buscan. Y debe tener un altar, que es donde se hace el sacrificio, donde se lleva a cabo el rito principal y que es, como seguro ya han adivinado, la autoinmolación. Porque todo escritor se inmola en sus obras, deja algo de sí en aquel altar, algo siempre sangrante, doloroso, sudoroso, incluso mentiroso, pues la mentira es también un sacrificio; el sacrificio de la verdad posible, la única verdad evidente, más aún que la verdad probable.

Un templo vociferante, candente, radiante, un templo centelleante... Allí mueren algunos, sobreviven otros. Ríen, lloran, cojean, corren, duermen, fornican... Pero nada de eso es como la vida real que, por lo general, supera cualquier imaginación. Por eso digo que es un templo, no un *mundo* como muchos han dicho antes que yo. Es un templo porque allí no se vive, en realidad: sólo se *venera*. Porque en los templos todo es falso, engañoso, elaborado para causar *impresión*. Y esa es nuestra función como escritores: *impresionar*, dejar *impreso* en la mente del lector, nuestro propio sueño; injertarle nuestros deseos, nuestras pasiones, para que, una vez que nuestro cuerpo vital se haya cansado de nuestras jugarretas, nuestra esencia continúe viviendo. Es la única inmortalidad a nuestro alcance.

—Al principio fue el verbo —dijo una vez Fernando— y el verbo se hizo carne. ¿Sabes lo que significa esa paparuchada?

Yo me encogí de hombros. Ya me imaginaba alguna de sus elucubraciones engañosas.

—Significa que el hombre —explicó—, al poseer la palabra, al tener la facultad de ponerle nombre a las cosas, se hizo dueño de ellas. Es una pura mierda de propiedad.

—¿Y tú no crees en la propiedad?

—Sólo creo en las conquistas. Las propiedades te encadenan; las conquistas te liberan.

—¿No son lo mismo?

—Evidentemente que no. Una propiedad te reclama

como dueño, te necesita, y las necesidades no son más que obligaciones que satisfacer y éstas, a su vez, no son más que una tiranía. En cambio, las conquistas son completamente innecesarias, no son más que caprichos y el capricho es la liberación de toda obligación, de toda necesidad.

—¿Qué quieres decir?

Recuerdo que me miró fijamente y esbozó una gran sonrisa de satisfacción, lo que me prevenía de recibir uno de sus golpes intelectuales que, como era habitual, me dejaría tendido.

—Quiero decir, amigo mío, que como escritor nunca tendrás propiedad sobre nada, nunca serás dueño de nada, ni siquiera de lo que escribes, así que todo lo que te queda es «conquistar».

Nunca supe cuál era la profesión de Fernando. Jamás hablaba de él mismo, ni de su familia, ni amores, nada. Era como si no existiera en realidad, como si no fuera más que un vago invento de mi imaginación. Muchos creían que era abogado, o periodista... Por descarte, no era médico y si lo era, jamás me atendería con él. Ni nadie. Tampoco era ingeniero; su cerebro no sería capaz de construir un puente pues, probablemente, no cruzaría a alguna parte lógica. Y quien sabe si son esos los puentes que más necesitamos; los que no van a dónde queremos ir... El asunto es que nunca supe nada de él. Y cuando varios años después me avisaron que se había suicidado, creí que era otra de sus bromas. Y en realidad lo fue. Porque no se pegó un balazo ni se ahorcó o envenenó. Tampoco se arrojó a la

línea del metro, pues hubiera sido demasiado melodramático para él. No. Se suicidó de la única forma que nadie jamás lo haría: se metió en el refrigerador y se congeló. ¿Por qué? Nada más que para dar que hablar. Dejó una nota: «Por favor, despiértenme cuando todo haya terminado». Al principio me preguntaba que significaba ese «todo». Quizás pensó en una forma de hibernación, pero Fernando no era tan idiota. Todo en él era inexplicable, inextricable. Sin embargo, muy pronto me di cuenta que su muerte había sido un acto muy simple, el más simple de su vida y su nota era lo suficientemente explícita como para que nadie lo notara: volvía a reírse de nosotros. Nos decía, con toda claridad que, así como nuestros templos literarios eran una falacia, que la filosofía iba de la mano con las hemorroides, que la vacuidad de la propiedad jamás sería capaz de engendrar trascendencia, así también su propia vida era algo completamente prescindible y que cualquier vanidad al respecto no era más que polvo infértil.

A su funeral asistimos tres personas: Gastón Morgado, que le odiaba y que probablemente quería asegurarse que estaba muerto; Isabel del Pino, que le había amado secretamente y que, sin embargo, no derramó ni una lágrima; y yo, Alberto «Toto» Soler, que le había admirado, odiado y amado. Tampoco lloré por él. No creo que le hubiera gustado. Y ninguno de nosotros dijo ni una palabra de despedida. Vimos como bajaban el féretro y lo tapaban con tie-

rra. Y nos fuimos. Gastón se marchó sin despedirse de nosotros. Yo acompañé a Isabel a su casa donde tuvimos una buena tarde de sexo salvaje.

Y eso fue todo. Adiós, Fernando.

## II - Yo y Los Demás

Seguramente ustedes se están preguntando, ¿es esto una novela, son memorias, un ensayo...?

—Es una novela.

—¿Y de qué trata?

—De ustedes, de los *demás*...

Y probablemente dejen de leer de inmediato. Porque decirles a ustedes que son «los *demás*» puede sonar insultante, despreciativo, pero es la verdad. En realidad, todos somos «los *demás*» para alguien. Siempre, en esta vida, en este mundo, en esta realidad, somos «yo y los *demás*». Aunque sin duda que hay *demás* que son más *demás* que otros. Incluso hay muchos que no sólo son *demás*, sino que, peor aún, *están de más*...

Pero, si lo piensan bien, no está nada mal que ustedes, los *demás*, sean protagonistas de una novela. Claro que no son los únicos. También estoy yo y algunos otros personajes como Gastón Morgado e Isabel del Pino y otros que irán apareciendo poco a poco. Y también irán desapareciendo...

Gastón me ayudó mucho en mi carrera. Fue mi primer editor y me odió cuando no renové contrato con él porque no me convenía. Pero Gastón era un hombre de fácil odiar. Cualquier nimiedad despertaba en él los más furibundos sentimientos de rencor. ¿Por qué odiaba a Fernando? Una vez, en una discusión sobre recursos renovables, tema que la verdad me resultaba indiferente, Fernando acusó a Gastón de fomentar la destrucción de los bosques al promover tantos libros. Y eso fue todo. Para Gastón, dicha acusación fue afrentosa, insultante, imperdonable. Lo que no percibió fue que era una de las tantas tonterías de Fernando cuyo encanto radicaba, precisamente, en molestar a todo el mundo.

Gastón era un tipo semi calvo, con ojeras, manos de dedos largos como tentáculos y siempre enfundado en un chaquetón color ratón. Nunca le vi sonreír; era como si las sonrisas hubieran decidido no mostrarse jamás en esa boca pequeña y de labios delgados, como si no fuera apropiada para ellas, que requieren de bocas mejor formadas y más llamativas, sinuosas, graciosas, encantadoras. Porque sonreír es, sin duda, todo un arte. Requiere que ciertos músculos faciales actúen de una forma coherente y coordinada. Es raro encontrar a alguien que sonría bien; por lo general consideramos como sonrisa cualquier gesto, o más bien mueca, que tuerza los labios, pero no es propiamente una sonrisa, no como debe ser, es decir, que tenga encanto, belleza, soltura, armonía, que posea ese poder empático que nos hace sentir bien. Me dirán que la sonrisa de

Fernando no era empática, que era cínica. Sin duda, pero era una sonrisa *delatora*, que especificaba claramente sus intenciones y, por tanto, cumplía con un objetivo. Pero, además, no era una sonrisa fea, tenía su encanto, tenía su atractivo. No era, claro está, como la sonrisa de Isabel, que convertía sus carnosos labios en un auténtico poema. Y siempre que ella miraba a Fernando esbozaba ese gesto encantador que me hacía sentir envidia, pues a mí nunca me dirigió una de esas; cuando mucho torcía su labio de una forma oblicua con lo que me decía que, aunque reconocía en mí algún talento amatorio, no reunía todos los requisitos que ella esperaba o deseaba que Fernando tuviera. Pero no era así. Yo llegué a conocer muy bien a Fernando, por lo menos en lo que respecta a su carácter. De su vida íntima, nada. Incluso llegue a pensar que era gay, cuestión que me importaba un bledo. Pero jamás le vi sonreírle a una mujer, ni siquiera mirarla con interés más allá del que puede sentir un entomólogo por un insecto. Pero deseo, jamás. ¿Por qué? Misterio insondable, más aún ahora que había partido de la vida con rumbo a ninguna parte. Pero conocí otras mujeres que sí me sonrieron, y mucho, especialmente cuando me convertí en un escritor afamado. Entonces todo el mundo le sonríe a uno, y es precisamente cuando más debe uno tener cuidado con aquel gesto traicionero. Mónica y Beatriz eran mis «sonreidoras» preferidas. Ya les hablaré de ellas porque forman parte de esos *demás* que pasaron por mi vida y dejaron algún rastro, aunque con el tiempo la realidad se diluye y

hay que, forzosamente, alimentarla con algo de fantasía para que no se desvanezcan absolutamente. Si es que le importa algo a uno.

Decía pues que Gastón era un tipo serio, más bien amargado. No le gustaban los chistes pues siempre sentía que se referían a él. Probablemente algún complejo le había corrompido el carácter, pero eso es algo bastante común y no debería llamarnos la atención. Por lo menos a mí me daba igual, como casi todo en mi vida. Y no es que fuera un indiferente absoluto, sino que, simplemente, tenía muy claro que nuestra vida es lo suficientemente breve y escabrosa como para comprometerse con nada ni con nadie. Formar una familia me parecía un crimen. Pensar en traer a este mundo infame niños inocentes para que la sociedad los corrompa, era algo que me parecía inhumano. Y grotesco. Pero lo extraño era que Gastón, que en ese aspecto era quizás más recalcitrante que yo, se casó dos veces y tuvo seis hijos. Mónica era uno de ellos, una jovencita preciosa nacida de su primer matrimonio, y que trabajaba con su padre en la editorial. Y no se llevaban bien, pues ella le recriminaba su ausencia como padre y el haber abandonado a su madre. Pero le ayudó a sacar adelante el negocio y luego lo heredó todo, dejando a sus hermanos mirando la pared. Siempre dijeron que había habido algo turbio. Para ese entonces yo trabajaba con una editorial internacional, así que desconozco lo todo sucedido. Y no volví a ver a Mónica la que, como su padre, me inculcó también de traicionero. ¿Por qué? Simplemente porque

con ellos mis límites eran demasiado estrechos y yo quería ampliarlos. Pero los *demás* siempre consideran que los «compromisos morales» tiene una validez absoluta. Nada saqué con explicarles mi posición; de acuerdo con su criterio, ellos me habían dado la oportunidad como escritor, habían «corrido riesgos» al publicar mis primeras obras y, por lo tanto, yo debía sentirme eternamente comprometido. Pero yo no pensaba así; lo que vi fue que ellos ganaron mucho dinero con mi trabajo y que, en cierto momento, fue gracias a mí que su empresa se salvó de irse a pique. Pero, como siempre sucede, los *demás* siempre creen que los agradecidos deben ser los otros *demás*, no ellos, que siempre actúan de forma honesta y responsable. En fin...

Gastón tenía una cualidad notable; la corrección ortográfica y gramatical más absoluta que he visto en un ser humano, incluyendo la sintaxis. Jamás hubiera cometido el pecado mortal de comenzar una frase con un adjetivo, lo que consideraba del peor gusto. Y cuando leyó la primera palabra de mi segunda novela, y que era “Rabiosamente...”, me miró como si hubiera asesinado a alguien. La tachó despiadadamente y me dijo que era imperdonable. Pero yo objeté su comentario y le dejé muy claro que no le iba a permitir que la cambiara. Él me dio una larga explicación lingüística al respecto que yo respondí, tranquilamente:

—Me importa una mierda...

Y le aclaré, sin ningún argumento especial, que lo que

yo escribía se quedaba así, y punto.

Y como mi primera novela se vendía bien y la segunda, a pesar de las incorrecciones gramaticales que Gastón le encontraba, tenía buen futuro, se tragó sus comentarios y la publicó tal cual. Y no se arrepintió, monetariamente hablando. En realidad, esa novela fue la que me dio a conocer fuera del país y abrió expectativas mayores para mí, pero como el contrato decía que yo me comprometía a entregar tres obras, tuve que cumplir con eso y, algunos meses después le entregué el manuscrito de mi tercera novela, breve, que puso término a nuestras relaciones comerciales. Porque no eran más que eso, aunque él le daba un valor distinto. ¿Quién le había hecho el favor a quién? Le dejé claro que ambos nos habíamos beneficiado y que, numéricamente hablado, él había logrado más que yo. Pero, estaba lo del compromiso moral, cuestión que no tiene fin. Así que no me dejó otra opción que aclararle que no me sentía comprometido de ningún modo más que por el contrato y que lo demás, era un cuento chino que yo no me iba a tragar. Y no lo hice.

Gastón no replicó; no era ese su «estilo». El mascullaba el odio sin jamás escupirlo. Pero con Mónica fue diferente. El día anterior a darle la noticia del término de mi contrato habíamos tenido una sesión apasionada. No sé si ella pensaba que, de esa forma, ampliaba lo del «compromiso moral»; las mujeres piensan de una forma tan poco lógica que nunca me he dado el trabajo de, siquiera, intentar com-

prenderlas. No podía negar que, como amante, era espectacular. Un verdadero torbellino. Poseía uno de esos cuerpos diseñados para ser gozados, con toda esa voluptuosidad que la naturaleza otorga a algunas mujeres, y sabía cómo hacer uso de sus encantos. Tenía un auténtico instinto para el goce, para saber llevarlo a sus extremos, para apurarlo, detenerlo, ralentarlo, deslizarlo, reventarlo... Su piel era suave y cálida; sus ojos gatunos, cuando los entrecerraba, lanzaban a los míos una llamarada de pasión que me enervaba completamente; sus murmullos y suspiros en mi oído eran música perfecta; olía a pasión por todos sus poros; sus movimientos eran los precisos para extraer de uno un vigor desconocido. Y así fue nuestra última noche de placer, con todos aquellos detalles deleitosos. Al otro día, en cambio, apareció la fiera herida, desdeñada, furibunda. Yo simplemente dije que nuestra relación comercial llegaba su fin; ella agregó todo lo demás. Simplemente la observé, guardé aquella imagen en mi memoria y hoy la veo, como pocas en mi vida, con una nitidez desbordante. Lo único que le agradecí fue evitarme el vergonzoso acto de la súplica. Ella, como su padre, era demasiado orgullosa como para rebajarse a algo así. Así que luego que se desahogó, me di media vuelta y me marché, pues me quedaba completamente claro que entre nosotros había terminado todo, completamente.

Aquello fue una experiencia importante en mi vida. Me dio a conocer los afilados bordes de toda relación humana.

Me hizo comprender que los *demás* siempre buscan convertir la vida de los otros en prolongaciones de las suyas. Nunca tuve ese afán, nunca sentí la necesidad de «poseer» a alguien. Incluso, como en el caso de Beatriz —que ya comentaré más hondamente—, cuya insatisfacción erótica resultaba detestable, me preocupó saber sobre su privacidad, por la cual nunca tuve algún sentimiento algo más profundo que la simple relación carnal. Quizás porque sabía de su apetito voraz a ese respecto y sabía que jamás podría darle la satisfacción suficiente para apaciguarla. Así que asumí esa realidad e, incluso, descubrí que, en ocasiones, un poquito de perversión ayuda a estimular nuestra existencia que tiende, indefectiblemente, a la monotonía.

Lo que me molestaba de Mónica y Gastón era su actitud de ofendidos sin haber ningún motivo para ello. No les importaba limitar mis posibilidades si ellos lograban sacar algún beneficio y resultaba cómico que me acusaran de traicionarlos. Ya lo he dicho; los *demás* siempre piensan de forma circular, es decir, todo vuelve a ellos, o debería hacerlo. Pero conmigo se equivocaron, porque mi pensamiento es direccional; siempre miro hacia donde me dirijo o hacia donde quiero ir. Ustedes dirán que es lo mismo, pero no es así. Les explico: el pensamiento circular impide a las personas moverse de donde están, en cambio que el pensamiento direccional exige radicalmente avanzar. Que finalmente el eje sea uno mismo no tiene nada de extraño ni malvado ya que, si no piensa uno en sí mismo, debe dejar que los *demás* lo hagan y los *demás* siempre

piensan en sí mismos, aunque se trate de los otros. En ello, precisamente, radica su perversión. Nada hay más malvado en el hombre que el intentar suplantar la personalidad de otro. ¿Se imaginan ustedes a una ortiga suplantando a una rosa? Es lo que sucede comúnmente, que las ortigas de este mundo humano buscan apropiarse de la belleza de las rosas y por eso crecen a su amparo. Incluso, en ocasiones, intentan esconderla tras sus dentadas hojas, sus quebradizos tallos y sus pinchazos urticantes. Y las rosas no pueden defenderse porque, al contrario de las ortigas, alguien tiene que plantarlas, en cambio, otras surgen espontáneamente, donde sea, como sea. Pero su vida es efímera...

No me considero una rosa, claro está. Más bien parezco un cactus, de esos que crecen altos y espinosos y que florecen una vez al año, produciendo flores carnosas y coloridas. Pero los cactus crecen en forma independiente, lejos de cualquier otra especie, para poder atrapar así la humedad del ambiente que los alimenta. No tienen muchas raíces, pero, ¿para qué las necesita uno? Además, el interior del cactus es como una esponja cuyo único objetivo es acumular agua, tal como las personas capaces de este mundo, cuyo cerebro no es más que el receptáculo de las experiencias, sensaciones y conocimientos que nos da la vida.

Yo y los *demás* no nos llevamos bien. No puedo ser como los *demás* porque los *demás* no comprenden mi individualidad, mi falta de raíces, mi necesidad de acumular

sensaciones y experiencias. Para ellos, lo esencial es «poseer»; para mí, «desprenderme». No existe, pues, compatibilidad alguna. Así que entre los *demás* y yo nunca podrá haber una relación más que pasajera, liviana, sin médula, sin propósito. Porque no quiero nada de los *demás* pues no creo que sean capaces de dar algo, por lo menos, consistente. Ellos creen y viven del compromiso que, invariablemente, compromete al otro más que a ellos mismos, porque para los *demás* la palabra *reciprocidad* carece de un sentido real, salvo que les sirva para justificar el «compromiso». Es una relación tremendamente engañosa y cruel, puesto que, en el fondo, los *demás* no buscan sino la anulación de los otros, del yo del individuo, para suplantarlos con su odiosa bonhomía que no es sino puro egoísmo puro y simple, disfrazado de amistad. Eso ha hecho que mis enemigos me resulten, por lo general, más queridos, quizás porque sé qué puedo esperar de ellos e incluso, porque en ocasiones nos sorprenden, como lo veremos en otra parte de esta... ¿novela?

### III - La Novela Roja

Conocí a José Carlos Irigoyen Palma cuando trabajaba en mi cuarta novela, la primera de nivel internacional, la primera que fue llevada al cine, la primera y última que escribiría sobre el tema. Porque como se había establecido la moda de las novelas de psicópatas, como Dragón Rojo, la editorial consideró que podría ser una buena forma de darme a conocer. Y luego de leerme varios de esos novelones repletos de lugares comunes y bastante mal escritos, decidí que yo era capaz de hacer algo mucho mejor. Y fracasé. Por lo menos en un comienzo. Durante tres meses estuve escribiendo sin parar hasta darle forma a una historia terrible, espeluznante, sanguinolenta, turbadora... según yo. Y cada vez que la releía me daba cuenta de que era un bodrio. No producía ninguno de los efectos necesarios. Incluso la más patética novela al respecto me superaba con creces. ¿Por qué? ¿Qué tenían esos otros autores, cuyo nivel literario era, a veces, ínfimo, pero que, sin embargo, llegaban a producir escalofríos? Y lo descubrí

pronto: realismo. Todos aquellos autores se habían sumergido en la vida de estos criminales asquerosos y habían logrado extraer información vital, detalles principalmente, que matizaban los hechos con realidades perturbadoras.

Julián Mass Carvallo, mi nuevo editor, era un individuo a quien jamás vi disgustado, incluso en las peores situaciones. Siempre descubría el lado positivo, risible, la solución eficaz... Era de esos individuos que jamás podrían llegar a la política precisamente porque sabría solucionar los problemas. Y tenía toda clase de recursos para conseguir su objetivo, además de una lista infinita de contacto para todo evento. Así fue como me consiguió una entrevista con el criminal más repugnante que se había conocido hasta ese momento, una versión aumentada de Chikatilo y que dejaba pálido a Ted Bondy, a Jeffrey Dahmer y a John Wayne Gale. Ese individuo se llamaba José Carlos Irigoyen Palma, condenado a perpetuidad por treinta y seis asesinatos probados, pero que se le adjudicaba unos cincuenta o más, aunque probablemente había aún más casos de los cuales nada se sabía. Durante más de treinta años estuvo asesinando personas en la más completa impunidad. Nadie sabía ni siquiera que existía, ni que tuviera relación con aquellas muertes. ¿Por qué? Porque a diferencia de la mayoría de estos degenerados, rara vez repetía su *modus operandi*, atacaba a personas de toda edad, condición social, raza... La mayoría de los psicópatas tiene una obse-

sión al respecto; asesinan negros, o prostitutas, homosexuales, niños, jovencitas rubias, mujeres maduras, etc. Iri-goyen no tenía predilección. Y nunca había explicado por qué lo hacía, lo que significaba que, si yo podía hacerle «soltar la pepa», habría obtenido un beneficio enorme. Y la idea me entusiasmaba sobre manera.

¡Ingenuo de mí! Fue a partir de la tercera entrevista con él en que me di cuenta de que tenía una habilidad monstruosa para jugar con las mentes débiles y, a pesar de no pertenecer yo a ese grupo, resentí su malignidad de una forma que no me esperaba. Especialmente porque, al verlo, daba la idea de ser un hombrecillo casi insignificante, un mediocre profesor de secundaria, con su cabeza redonda y calva, sus anteojos de miope, su sonrisa casi infantil y un cuerpo fofo casi caricaturesco. Resultaba ser un completo contrasentido respecto de su condición. Y cuando comenzó a «abrirse» y a contarme con detalles su «obra», mi mente, mi ánimo, mi cuerpo todo, comenzó a sufrir un cambio alarmante. Salía de la prisión con ganas de vomitar, pensando en por qué no le aplicaban la pena de muerte a un bicho tan asqueroso como aquel. Y él se daba cuenta del efecto que producía en mí y eso lo alentaba a ser, cada vez, más gráfico, más explícito. Le entusiasmaba la idea de que un escritor como yo, reconocido ya por tres novelas anteriores como «despiadado» respecto del análisis de la condición humana, quedara desconcertado ante su brutalidad que, por ser completamente gratuita, se hacía aún más estremecedora. Y era

precisamente esa «gratuidad» la que buscaba yo desentrañar, porque sin duda había un motivo para llegar a aquellos extremos. El asunto era ¿lo sabía él? Porque muchas veces sucede que estos tipos actúan casi por un impulso incomprensible incluso para ellos mismos.

Luego de la tercera entrevista, el borrador de mi primera novela roja se fue a la basura y comencé a escribir algo completamente nuevo; las confesiones de un psicópata abominable. Y Julián decidió ponerle como título: «El Hombre Más Malo del Mundo». Le dije que me parecía ridículo, además que le estaba otorgando al canalla un título que, aunque fuera cierto, no se lo merecía. Y decidí titularlo: «Crueldad». Y fue un éxito rotundo porque a los *demás* —ya hablamos de eso— les seduce toda esa mierda morbosa, sórdida, obscena, grotesca, incluso inhumana. Y no me hizo feliz de ninguna manera. Hasta hoy me siento avergonzado, arrepentido, de haber escrito aquel libro.

—Tenemos varias cosas en común —me dijo Irigoyen en nuestra cuarta entrevista intentando, como siempre, meterse en mi mente, cosa que, prevenido ya, no le iba a permitir—. Por sus novelas, veo que tiene un sentido muy especial por lo erótico. Pero debo decirle que lo suyo es simple fórmula. Yo he hurgado en aquel aspecto más profundamente de lo que se imagina. Quizás de lo que se imagina cualquiera...

Y chasqueaba la lengua emitiendo un sonido desagra-

dable que, con el tiempo, se me quedó pegado en la memoria y, cada vez que oía un sonido parecido se me ponían los pelos de punta.

Sabía que jamás debía hacerle una pregunta directa, tal como: «¿a cuántos asesinó?» o «¿por qué los asesinó?» Eso habría roto inmediatamente la relación ya que estos tipos no piensan en que lo que hacen sea algo negativo. Para ellos, es parte de su «obra artística».

—Hubo una señora —contó haciendo memoria—, de unos cincuenta años... No recuerdo bien dónde fue... ¡En fin...! Nos encontramos en un local de comida rápida. En ese entonces yo consumía mucha porquería de esa. Ya no trabajaba, vivía de una pequeña pensión y una hamburguesa al día me permitía sobrevivir. Esta señora estaba sentada sola, en una de esas mesitas tambaleantes. Como el local estaba lleno, me acerqué y le pedí permiso para sentarme con ella. No tuvo ningún temor porque, como verán, tengo el aspecto de un tipo sumamente inofensivo. Conversamos un buen rato, nos reímos... Es increíble el efecto que tiene el humor en las personas. Basta que uno sea simpático, agradable, risueño, para que le tomen confianza. La gente es muy imbécil... —comentó de una manera que me hizo estremecer, por la forma y el tono en que lo dijo. Era como si, por una parte, odiara a toda esa gente y, por la otra, se solazara con su capacidad de seducción malévola—. Hay algo que es tremendamente efectivo con las mujeres y es el mostrarles debilidad. Les resulta mucho más atractivo un hombre que las necesita en un sentido

maternal, que el macho alfa que las agrede con su opulenta virilidad. Puede que éste las «caliente», pero los otros rompen sus defensas. Así que le conté mi triste vida, mentiras obviamente, y ella casi se pone a llorar. Nos encontramos allí varias veces. En esto, la paciencia es muy importante. No puede uno forzar la situación sino solamente «aceitarla». Finalmente, el asunto avanza solo...

Le siguió una larga disquisición sobre los diversos procedimientos destinados a debilitar las naturales defensas que los humanos colocan para defenderse de los canallas y que no sirven para nada, precisamente, con los canallas, que son los expertos en destruirlas, pero que sí sirven para que las personas se aislen de los demás y, de esa forma, colaboran con el trabajo de los canallas. Esto es, la desconfianza es más útil a quienes quieren hacer daño que a los otros. La confianza, en cambio, hace que las personas nunca estén solas y, para un canalla, eso es fatal. Por eso que siempre atacan a personas aisladas, insatisfechas, fracasadas, pues son mucho más vulnerables a partir del momento en que logran traspasar sus amarguras.

—Nunca voy a olvidar —continuó explicando con su voz suave y algo temblorosa, quizás por la emoción que le producía recordar sus barbaridades— la forma en que me miró cuando se despertó y estaba atada en la cama, boca abajo, desnuda, completamente a mi merced... Al principio, como todos, rogó. ¡No se imagina usted lo que odiaba esa etapa! El ruego tiene una calidad tan indigna que me

violenta terriblemente. Pero sólo en unas cuantas ocasiones me enfrenté a personas que me insultaban, me desafiaban a pesar de encontrarse en una situación de absoluta indefección. Entonces sentía real placer al demostrarles que yo, un tipo casi insignificante, podía hacer con ellos lo que se me diera la gana.

Hizo una breve pausa al darse cuenta de que se había entusiasmado demasiado con su relato. No le gustaba demostrar sus emociones al respecto probablemente porque lo consideraba un signo de debilidad.

—Nunca pude tener una relación normal —continuó recuperando su sangre fría—, si es que podemos considerar normal las relaciones humanas. ¿Se ha dado cuenta lo fácil que resulta usar ese término? ¡Normal! Y ¿qué significa? Nada, en realidad. La palabra correcta sería «común», o «corriente», o «habitual»... Pero ¿normal? ¡Eso no existe! —comentó y lanzó una risita que concluyó con uno de sus chasquidos de lengua—. Todos se agreden de alguna forma, todos se manipulan, luchan por imponerse, por liberarse, por... lo que sea. Mi cualidad principal es, precisamente, que no me engaño con los eufemismos. Para mí, todas aquellas personas eran objetos de mi placer, mío, exclusivamente. No quería compartirlos con ellos porque eso hubiera significado reducir su efecto. Y cuando se daban cuenta que no tenían opciones, cuando se rendían, esperando por supuesto que su rendición aplacara mi furia, era cuando me ponían más furioso. No se percataban, hasta el final, que en mí no ha habido jamás un

gramo de piedad. ¿De qué sirve? La piedad es algo que siempre se exige, pero rara vez se otorga. Nunca la conocí y, quizás, ni siquiera sé que significa...

Lenta pero definitivamente, iba yo encontrando las claves de su carácter, de su malevolencia. Ya antes había hecho algunas averiguaciones respecto de su pasado. Hijo de una familia extremadamente religiosa, desde niño le habían metido en la cabeza que en este mundo todo era pecado. Y luego descubrió que era cierto, por lo menos, desde su punto de vista. Siempre había sido objeto de burla, especialmente en el colegio, pues los niños son los mayores expertos en crueldad que pueda haber, quizás porque es, en gran medida, inconsciente, además de convertirse en una forma de expresar dominio. Pero el problema es que, en ese juego, siempre hay un «dominante» y un «dominado». Y no son los primeros los que deberían preocuparnos, sino los segundos, como Irigoyen lo demostraba. Porque una vez que se conoce el dolor de ser dominado, no queda otra opción que la de buscar el placer de ser dominador, en algún momento, para compensar las falencias del carácter. La mayoría, sin duda, continúa siendo dominado toda su vida, por sus jefes, su mujer, su familia, sus amigos; pero aquellos que logran «superar su circunstancia», o se convierten en tiranos, o en psicópatas, o ambas cosas.

—La agresión tiene un encanto maravilloso —dijo en un momento con un tono de gran artista, de creador—. Tener a alguien sometido a nuestro más completo control,

como si fueran simples juguetes de nuestra vanidad, produce sensaciones propias de una experiencia mística. Es importante —agregó mirándome con cierta inquietud, pues quería que comprendiera en profundidad el sentido de lo que decía— que entienda que no es que uno se sienta un dios, aunque en algunos aspectos sí lo seamos. No. Su valor e importancia radica precisamente en lo contrario; somos hombres que asumimos un control divino. ¡Ese es su sentido más puro, más perfecto! Supongo que usted logra algo parecido a través de lo que escribe, con todos esos personajes que crea y maneja a su antojo. Yo hago lo mismo, pero con personas reales.

No quise discutirle el punto. Ya me había dado cuenta de que mis monosílabos rendían mejor fruto que mis disquisiciones, quizás porque Irigoyen sentía que me estaba manipulando a su antojo, produciendo en mí los mismos efectos que en sus víctimas. Lo dejé creer lo que quisiera, pero a medida que avanzábamos en el asunto, mi repulsión aumentaba y de no ser por la gruesa malla que nos separaba, le hubiera estrangulado con mis propias manos. Y ni siquiera habría podido defenderse, porque él sólo actuaba sobre seguro; se ganaba la confianza de sus víctimas, las drogaba, las ataba, pues sólo de esa forma podía sacar a flote su «poder», que no era más que cobardía absoluta. Jamás podría enfrentarse cara a cara con alguien, hombre, mujer o niño, porque no era más que una piltrafa.

—Nunca me agradaron los niños —dijo en un tono casual que me hizo hervir la sangre, pero me contuve—.

Probablemente sabe que en sólo dos ocasiones tuve «contacto» con ellos —y él mismo se dio cuenta que había usado uno de esos eufemismos que decía odiar. Y se dio cuenta que yo me había dado cuenta. Entonces esbozó una sonrisa encantadora y agregó—, es decir, nunca agredí más que a dos niños. Fue decepcionante. Los niños no hacen más que lloriquear, llamar a su mamá... No cumplen con los requisitos indispensables... —y comenzó a pasearse como intentando buscar las palabras adecuadas, pero, al momento, se volvió a sentar—. Los jóvenes, en cambio, son mucho más satisfactorios. Son desafiantes, orgullosos, atrevidos, agresivos... Recuerdo que, cuando era niño, me gustaba atrapar alacranes y, tomándolos entre los dedos, les arrancaba la cola. Algunos me picaron y fue doloroso. Provocan una hinchazón bastante desagradable... Los jóvenes son como esos alacranes, pero ninguno, jamás, logró agredirme como ellos...

Para la séptima sesión llegué a la conclusión que no tenía nada más que saber. Ni quería continuar con ello. He omitido, como podrán darse cuenta, todas las explicaciones gráficas de Irigoyen, porque me parecen innecesarias y porque no tengo la fuerza suficiente para describir en estas páginas las orgías sangrientas, las carnicerías, los furrores demenciales que descargaba en sus indefensas víctimas y que él consideraba como la máxima expresión de su “arte”. Ese último día que estuve con él, luego que se solazara —o debiera decir «masturbara»— con sus relatos, me di el gusto de decirle lo que pensaba.

—Usted —le dije con la mayor calma de que era capaz— no es más que un caso de estudio psiquiátrico. Es como un animalito de laboratorio. Los expertos sólo quieren saber qué motiva a un individuo a comportarse peor que las bestias. ¿Cree que ha hecho algo grandioso? Pues, en mi opinión, más valor tiene el pobre fracasado que sale todos los días a ganarse el pan, teniendo en su contra a casi todos y casi todo, luchando contra un futuro que ni le pertenece. En cambio, usted, para poder enfrentar su insignificante personalidad, su carencia absoluta de valor, de grandeza, de sentido de la belleza, se ha hundido en la más asquerosa cloaca de su pervertida mente, donde no se atreverían a habitar ni las cucarachas. ¿Cree que ha hecho una gran cosa con hacer sufrir y matar a toda esa gente? Sin duda que lo hará famoso, pero no por lo que usted cree. La gente va a recordarlo como el caso más depravado de cobardía que haya existido. Porque si hay algo que ha demostrado con sus actos, es que es el ser más inútil que haya pisado este planeta y que jamás tuvo el valor de actuar como una persona decente, porque para ser decente se requiere mucho más valor que para ser un vulgar criminal. Así que su único «aporte», si podemos llamarlo así, serán las conclusiones que los psiquiatras puedan obtener de su mente enferma. El resto, lamentablemente para las víctimas, no tendrá más que un valor anecdótico.

Durante todo mi discurso, dicho con la más absoluta tranquilidad, él me miraba con sus ojos redondos, sin comprender mi cambio de actitud. Creía que era capaz de

seducir a cualquiera o, por lo menos, aterrorizarlo, pero al darse cuenta de que no me había afectado como pensaba, toda la fantasía que había armado en su cabeza se desplomó rotundamente. Algunos meses después se supo que José Carlos Irigoyen Palma había fallecido de un infarto. Tenía corazón, después de todo, aunque nunca le dio un uso apropiado.

Mi «gran novela», que se convirtió en una especie de estudio psicopático, fue recibida con aplausos. Inmediatamente llovieron las ofertas para convertirla en película. Y toda la parafernalia en torno al asunto contribuyó grandemente a que mi desprecio por los *demás* se hiciera más sólido y coherente, dado los hechos.

Recuerdo que cuando escribí la última palabra de aquel trabajo y levanté la vista, me fijé, como casi siempre, en el carnero azul, quieto y silencioso, que me observaba con su gesto desafiante.

—Si, amigo —le dije—. Creo que es necesario darle al mundo una buena cornada el culo... Los «buenos» se diferencian de los «malos» sólo por la acción, porque en su mente se alimentan las mismas alimañas. Si la humanidad quiere dar el siguiente paso en la evolución, debe hacer un aseo profundo en su conciencia...

Yo me consideraba un mal hombre, una mala persona, pero la experiencia me ha enseñado que, enfrentado a los *demás*, a ustedes, cretinos lectores, soy un inocente.

## IV - Beatriz

Algunos comentarios y descripciones de este capítulo pueden resultar ofensivos para los «espíritu delicados». Y digo esto porque de esa forma me aseguro de que todos lo leerán. Porque la ley de la gravedad de lo prohibido es mucho más poderosa que todas las establecidas por Newton. Además, aquellos que denominamos «espíritus delicados» no son más que hipócritas nauseabundos cuya mente deambula indefectiblemente por los más oscuros páramos del alma, especialmente por aquellos territorios inferiores del cuerpo que tanto desprecian con las palabras pero que tanto desean en la oscuridad de sus pensamientos.

Debo comenzar, no por el principio, sino por el final, pues de otra forma no comprenderán el resto, aunque no sé si son capaces de comprender todo lo que he dicho y diré. Pero, seamos optimistas.

Aquella fría tarde de primavera, cuando las plazas rebosaban de flores a pesar de la escarcha, Beatriz salió de mi casa dando un portazo. El motivo; le dije que me tenía

harto con su inagotable erotomanía y que sus inacabables fantasías terminarían llevándola al manicomio. Ustedes dirán que fui un poco brusco, pero la verdad es que, en algunos casos —si no en todos— la brutalidad verbal es necesaria para establecer con claridad una realidad evidente que es negada con el único fin de mantener vigentes sensaciones enfermizas. Porque para Beatriz el sexo era como una droga —que lo es, en esencia, si analizamos los componentes bioquímicos que desatan en nuestro cerebro—, pero se negaba a aceptarlo.

La vi caminar por la plaza, frente a mi casa, rodeada de ese follaje de flores congeladas, pisando el crujiendo suelo con cuidado para no resbalar... Fue una imagen algo fantasmagórica y sabía que sería la última que tendría de ella porque jamás volvería a verla, pues no lo deseaba, habiendo alcanzado ya ese límite intolerable que los impetuosos insisten en traspasar.

Siempre he sido un erotómano, lo reconozco, en el sentido de tener un excesivo interés por el sexo. Lo considero como la esencia misma de la vida, puesto que sin esa *inquietud* la humanidad se habría extinguido. Pero también lo considero esencial como expresión de la vida, como manifestación de nuestra alegría de vivir, nuestro agradecimiento por formar parte de este misterio, el cual han querido destruir, por siglos, todos aquellos que aborrecen el placer o, por lo menos, el goce ajeno. Pero también creo que, para que ese goce alcance el valor de *virtud* que le co-

rresponde, es decir el valor de un hecho positivo y deseable, es necesario que se contenga dentro de ciertos límites prácticos. Beatriz desconocía esos límites porque en ella la erotomanía había alcanzado alturas de vértigo y lo que le excitaba era, precisamente, esa caída a lo insondable que, por el hecho mismo de serlo, no llega jamás a ningún final. En su desesperación por encontrar el *goce perfecto*, perdió de vista el placer sincero. Su búsqueda era, obviamente, estéril, porque no podía pedirle a su propio cuerpo algo para lo cual carecía de *esencia*. Y mi rompimiento con ella, brusco y despiadado, tuvo por principal propósito recobrar la cordura de mis propias sensaciones, alejarme de aquella vorágine sin sentido que, de tanto forzar el placer, termina embotando los sentidos y destruyendo al placer mismo.

Al comienzo con ella todo fue fantástico pues, como macho, el que una hembra le devore a uno las más íntimas sensaciones, es algo deleitoso, estimulante, gratificante. Pero luego, cuando las fauces del goce comienzan a masticar tus entrañas, cuando el placer se convierte en una nebulosa turbia, llena de ruidos estridentes, de luces crepitantes, entonces debe uno tener la sensatez de retroceder, de escapar de la pútrida tormenta en que se convierten nuestras más sensibles fibras, una ramazón de espinas que sólo nos produce malestar. Porque no tenemos otra opción que huir y, en ese caso, la huida no sólo es honorable, sino también imprescindible, para salvar nuestra integri-

dad sexual del exceso aniquilante. Y al ver a los *demás*, anhelantes de una vida de destajo, deseosos de arrojarse en las oscuras fauces del goce irresponsable, sumo un nuevo motivo de desprecio. ¿Cómo podrían ellos, que desconocen completamente la esencia misma del goce carnal, entender algo de aquel marasmo intrascendente? Los hombres, con sacudir la tripa, están más que satisfechos; y las mujeres, que ante todo buscan ser «adoradas», les basta con algunas palabras encantadoras para abrir su dudosa calidez, permitiendo el ingreso de cualquier mentecato con labia. ¿Tienen acaso los *demás* algún sentido de lo voluptuoso, que relacionan vulgarmente con el exceso de carnes blandas? ¿Podrían comprender la grandeza de la delectación parsimoniosa? ¿Lograrían percibir la delicada emoción de una palabra salaz sin que sea vulgar? A lo máximo que pueden aspirar es a un pedestre espasmo de cinco segundos. Y, de hundirse en la turbulencia del erotismo extremo, rápidamente serían escupidos fuera en calidad de estropajo. Porque la fuerza de voluntad que requiere un hombre en aquel universo, la convicción respecto de su capacidad y el valor para enfrentar su propia realidad, están totalmente fuera del alcance de los *demás*.

Cuando escribí mi siguiente novela, que inicialmente titulé «Beatriz», pero que luego decidí, por compasión, cambiar por «La Oscuridad de lo Femenino», expuse allí gran parte de mi vivencia, pero contada por boca de ella, lo que sentía yo que sucedía en ella. Y no me equivoqué. Varias veces volví a saber de ella y siempre los comentarios

eran los propios de los *demás*, cuyo sentido jamás logra calar más hondo que sus propias frustraciones: puta, calentona, revolcona, toda esa clase de epítetos descalificativos que los *demás* utilizan como una forma de sentirse superiores cuando, bajo la piel, les corroe la envidia. Es imposible para ellos comprender lo que sucede en el trasfondo de una vida, porque no tienen trasfondo propio con qué comparar. Por eso que, una mujer —más que un hombre— que acude con descaro al límite sus pasiones, es rebajada y condenada sin siquiera ofrecérsele el beneficio de una explicación. Las condenas de los *demás* son siempre implacables e irrevocables; no admiten apelación. Pero cuando el furor cae sobre ellos, entonces reclaman por «sus derechos», aquellos que siempre están dispuestos a negarle a los otros, no a los que son como ellos, que eso no les preocupa, sino a aquellos a quienes no pueden parecerse, a quienes no pueden imitar, porque no tienen ni el valor ni la fortaleza para siquiera intentarlo.

Un día fuimos a casa de un amigo de Beatriz, cuyo nombre estrafalario —probablemente falso— explicaba casi todo lo que era y mucho más: Ervandio Castanova. Se decía «poeta de lo hondo y lo incomedible». Sin duda que su poesía era incomedible. ¿Un ejemplo?

*Junté mi mierda por cuatro años  
Por cuatro años la acumulé  
En moldes de queque  
En platos de loza*

*En tiestos de cerámica  
En botes de greda  
En la cama del gato  
En la cornisa de la ventana  
En el pliegue de las cortinas  
En los zapatos de charol  
En la lámpara del velador  
Y puse un poco en boca de mis amigos  
Para que hablaran con razón  
De mí  
Y de mi mierda embalada.  
Por cuatro años  
Mi mierda se mantuvo impertérrita  
Mirándome desde sus tiestos  
Quizás preguntándome  
Qué mierda pasaría con ella.  
Nada  
Fue sólo una cagada cuatrienal.*

*¿Otro ejemplo?*

*Siempre quise poner en tu culo  
Una flor  
De pétalos amarillos  
Como el color de tus dientes  
Para que te mordieran el ano  
Con la suavidad  
De un vampiro satisfecho.*

*No puse esa flor sino la mía  
Esa de tallo venoso  
Que duerme de día como un murciélago  
Y de noche  
Se convierte en obelisco*

Todo lo que escribía y decía era de orden coprolático. Tenía una obsesión absoluta por el culo y la mierda y declaraba, como aquel insufrible personaje de Sade, que «jamás había manchado su tallo con la humedad de una apestosa vagina y que antes de cometer tamaña inmundicia, prefería sobarse las bolas con un puerco espín macho». Sin duda que su verborrea no resultaba «sabrosa», pero tenía una sinuosidad espinosa de gran atractivo. Era rimbombante hasta en lo más superfluo. A todo lo que decía le agregaba aquella «pimienta» que, en ocasiones, hacía saltar las lágrimas de risa. Su ingenio era inagotable y siempre aparecía con alguna gracia nueva, dentro de su tema habitual, pero que era expuesto de tal forma que resultaba, incluso, encantador.

Su primer gesto amistoso fue agarrarme el trasero; le retiré la mano con brusquedad y le di una mirada que le dejaba completamente claro lo que pensaba: *verba non res*. A partir de entonces se estableció entre nosotros una relación amistosa que conservamos hasta hoy, en que el pobre Erva se encuentra bastante deteriorado por el abuso del alcohol, las drogas y el sexo desaforado. Incluso me ocupé de conseguirle una publicación de su *ópera omnia*,

un libraco de más de ochocientas páginas, que ha hecho desternillar de risa a varios cientos de buenos lectores. Porque es una obra para los buenos lectores, los que saben gozar de Rabelais, Aretino, Petronio y todos los obscenos famosos. Y Ervandio Castanova sin duda que pertenece a esa casta, aunque no sea nueva... Pero ya dedicaremos un capítulo completo a sus brutalidades humorísticas.

La casa de Erva —como le llamábamos todos— se encontraba en el lado viejo de la ciudad. Alguna vez fue una casona señorial, pero él se había encargado de «remodelarla». Las habitaciones estaban pintadas de azul eléctrico, verde rimbombante, amarillo insultante, rojo furioso, es decir, ningún color que pudiera relajarle a uno. Estaba lleno de figuras pintadas o talladas de todos los tamaños, en todos los materiales, pero con un tema común; como pueden imaginarlo, culos por doquier. Culos grandes, chicos, medianos, gordos, flacos, largos, estrechos, cuadrados, redondos, triangulares, de hombres, de mujeres; muchas figuras representaban el acoplamiento anal, algunas de ellas por medio de unos miembros descomunales. Muchas de esas figuras, las que tenía en su «sala de estar» —donde uno no podía sentarse sino en el suelo pues lo asientos, todos, tenían incorporados grandes falos erectos—, valían fortunas. Incluso tenía una figura inca de un tipo agachado mostrando su trasero y que era de oro macizo. Tenía también una impresionante colección de «caganers» catalanes. Una visión general de sus «obras» me permitió ver que no era un hombre pobre, pero puso

gran empeño en llegar a serlo. Hoy, vive en un asilo barato —el único donde le toleraron— donde puede gozar de su máximo placer, o el único que le queda: cagarse encima.

Beatriz gozaba de las fiestas que organizaba Erva y que derivaban siempre en una orgía, en ocasiones, monumental. Uno de los consejos que me diera Beatriz, muy útil, fue que no bebiera ni comiera nada, razón por la cual, cada vez que le visitábamos, pasábamos antes a cenar en algún restaurante. Porque nuestro diarreico anfitrión tenía la costumbre de incorporar alguna droga a sus manjares, sino algo peor, y no tenía yo la intención de terminar colgado de las lámparas o con un tifus.

En esas reuniones conocí a variadas personas tan extravagantes como el anfitrión. Una de ellas era Amanda Carrasco—Carvajal, soprano *pesada*, opuesta a las sopranos *ligeras* mozartianas. Debía pesar unos ciento cincuenta kilos y vestía unos trajes mínimos que la hacía ver completamente ridícula. No ponía mucho cuidado en que alguno de sus magnos senos escapara por el escote o que, al sentarse, casi siempre con las piernas separada, pudiera vérsese su extraordinariamente velluda intimidad. Pero tenía una voz de diosa. Erva se sentaba al piano, que tocaba espléndidamente, y ella cantaba arias de óperas, pero sin la letra original, sino sólo con la letra «A», pues consideraba que, primero, era la única letra que explicaba todo y, segundo, porque las letras de las óperas, por lo general, eran un montón de idioteces sin sentido. Debo reconocer que con ella aprendí que la letra «A» tiene mucho que decir,

especialmente cuando es expresada a través de una bella voz. El hechizo se rompió cuando la *prima donna* me ofreció sus poco atractivos encantos; aplicando el criterio general de extravagancia del lugar, le dije que le pediría prestado el puerco espín macho a Erva. Y le resultó muy gracioso. Una semana después, Amanda me regaló un hermoso ejemplar de dicho animalito que vivió conmigo durante varios años hasta que un día desapareció inexplicablemente.

Otro personaje notable era Calixto Taré, pintor de oficio, amante de las mujeres, cualquiera que fuera. No me extrañó verlo con Amanda, sobre un incómodo canapé de felpa, abriéndose paso entre las dúnicas carnes de la cantante. Eso no desmerecía su lado artístico ya que, como pintor, demostraba un talento extraordinario. Nunca me he sentido atraído por el expresionismo abstracto, pero Calixto era capaz de darle a sus obras, incomprensibles incluso para él mismo, un carácter tremendamente sugestivo. Cuando le consulté sobre que quería decir con una de sus obras que me resultaba especialmente atractiva, me miró con su rostro caballuno y sus ojos vidriosos y dijo con su voz profunda:

—Nada. Yo pinto para matar el tiempo. Me importa un soberano carajo el intelectualismo. Me gusta manchar telas, eso es todo.

Y debí reconocer que las manchaba mejor que la mayoría. Pero nunca congeniamos, más que nada porque siempre olía a rancio, azumagado. Me daba la idea que no

se había bañado en su vida, aunque siempre estaba muy bien vestido y era bastante correcto al hablar. Además, era muy cortés con «las damas», que le adoraban. Fue uno de los pocos que tuvo suerte en su oficio, pues una viuda holandesa le «descubrió» y se lo llevó al extranjero de donde no volvió jamás.

Pero no era éste el único «antro» que visitaba Beatriz. También acudía a ciertos locales donde, sumidos en la penumbra, se practicaba el sexo con desconocidos de una forma descarada y, la mayoría de las veces, sin protección alguna, lo que motivó, en parte, mi distanciamiento de ella, incapaz yo de soportar la repugnancia que aquello me producía.

Agregaba a sus afanes el recoger tipos, en ocasiones en los barrios más abyectos de la ciudad. Esto le significó, a veces, terminar con un ojo morado, una costilla rota o la espalda hecha jirones. Y, además, sin un centavo... obviamente. Y yo, seducido por su encanto maléfico, al principio le acompañaba en sus aventuras, aunque generalmente en actitud de mirón. Pero lo que en un comienzo fuera excitante, pronto fue derivando en repulsión, hasta el punto de no querer tocar su piel, oler su perfume, sentir sus caricias. Me llegó a disgustar su sola presencia. Hasta que todo terminó de la forma que ya expliqué. Y pasados los años siento por ella una gran tristeza, porque sin duda que jamás obtuvo ni un mísero espasmo que la hubiera hecho ascender a la gloria que perseguía. Y la razón es muy simple, aunque ella jamás lo comprendió: nunca amó.

## V - Ervandio Castanova

Imposible no explayarme sobre este gran hombre, extraño hombre, extravagante espécimen de una sociedad decadente y corrupta. No tengo la menor idea que edad tenía entonces, ni la que tiene ahora, porque es uno de esos individuos para quienes el tiempo no tiene el mismo valor que los demás. De partida, jamás pude imaginármelo de niño; para mí, nació el día que lo vi por primera vez y, probablemente nunca morirá, porque Ervandio Castanova es de aquellos que constituye un mito, tanto en vida como en muerte.

Delgado, de aspecto casi cadavérico, sus ojos verdosos llameaban con una pasión interior capaz de pulverizar a cualquiera. La primera vez que lo vi recordé a aquel otro individuo, Alister Crowley, como él, excéntrico y descabellado, obsesionado por el sexo, deseoso de «patear al mundo en el culo», de hacerle sentir su pequeñez, mediocridad, la chatura de sus pequeñas moralidades religiosas destinadas a camuflar su perversión.

—Soy un místico del culo —declaraba Erva—. El ano es más sincero que la boca pues no intenta camuflar la mierda que expulsa.

Y continuaba con una perorata escatológica que haría temblar al Aretino. La primera impresión que daba era la de un loco que intentaba llamar la atención con su obsesión por la mierda, pero cuando se le ponía más atención, cuando se lograba traspasar la formidable barrera de obsesiones con que protegía sus ideas, comenzaba uno a descubrir el trasfondo humano que había en sus opiniones. Su intención no era, de ningún modo, destacar por la grosería ni la vulgaridad, sino demostrar, con una lógica portentosa, la hipocresía de los hombres, su «pudor de calzoncillos limpios» como lo llamaba.

—El culo —agregaba— es la base de toda democracia pues todos hacen lo mismo; cagar.

—Nada más antihigiénico que el papel higiénico, pues no hace más que esparcir la mierda.

Y luego explicaba que, ya en el siglo VI antes de Cristo, se usaban laminas de papel o papiro para tal efecto, aunque posteriormente se abandonó sin razones conocidas. Griegos y romanos usaban el agua y las esponjas, sistema que era muy higiénico. Durante la Edad Media se utilizaban hojas de lechuga o de otras verduras. En el desierto, los nómadas utilizaban piedritas que, muchas veces, transportaban con ellos en una bolsita durante toda su vida. Y también recitaba de memoria la larga lista de objetos utilizados por Gargantúa para demostrar cuál era el

mejor limpiaculos. Sin duda que Erva había desarrollado su propia lista al respecto, pero nunca se la oí mencionar.

Tenía un relato que era una maravilla, descontando la escatología. Se titulaba «El culo que perdió su ano» y relataba las peripecias de un trasero en busca de su imprescindible orificio, sin el cual perdía toda su personalidad y sentido de existencia —me recordó «La Nariz» de Gogol, uno de mis cuentos preferidos—. Y utilizaba dicho argumento para visitar iglesias, el Parlamento, la sede de Gobierno, prostíbulos, un convento, restaurantes, escuelas, universidades, hasta un jardín infantil, sin olvidar el transporte público, una oficina de Impuestos Internos y un supermercado —donde busca afanosamente entre las verduras donde encuentra varios anos perdidos, pero no el suyo—. Finalmente se produce el anhelado reencuentro; triste y abatido, el culo se sienta en un escaño en la Plaza de los Inocentes a donde llega corriendo un grupo de encapuchados perseguidos por la policía. En medio de la batahola, el culo se esconde detrás de un camión que transportaba cecinas y, de pronto, ve salir del interior a su ano, que le comenta que estaba visitando a unos parientes. Escapan de aquel lugar, apestado con las lacrimógenas, y se instalan junto al río que, con su olor a mierda, les hace sentirse como en casa. Entonces el ano le relata a su culo sus experiencias, dónde había estado y lo que había visto; su decepción era completa pues había descubierto que los anos tenían una tremenda competencia en producir mierda, tanto de la boca, como del cerebro, el corazón,

etc.; pero lo que le deprimía era la pésima calidad de mierda que fabricaban y que venía a desprestigiar la que producían los anos en forma habitual y natural.

Como decía, obviando lo obsceno y lo humorístico, no se podía negar la crítica mordaz en contra de una sociedad que intenta parecer profiláctica, pero que no hace otra cosa que esconder la basura —física, mental y moral— donde no pueda verla para que no le moleste. Y menciona también a aquellos individuos que viven de la basura, de la mierda específicamente, y que hacen fortuna con ella. Y luego de leer aquello, Erva se ganó todo mi respeto y consideración y, además, un amigo que jamás le abandonó, incluso cuando, roído por la miseria, la sífilis y una demencia incipiente, terminó en la calle, viviendo con los mendigos. Lo saqué de allí y le busqué un hogar, cosa que, comprenderán, no fue fácil, pero al final encontré uno que lo recibió, previo pago de una buena suma. Porque consideré que Erva era «mi ano perdido», ese pedazo de personalidad que nunca me había atrevido a desarrollar, pero que estaba allí, siempre, haciéndome las más vulgares muecas.

Cuando todavía era el señor de su castillo, cuando aún gozaba de salud e ingenio, Erva había formado una corte de «amantes del *retroamor*», constituido por una veintena de individuos, de ambos sexos, que practicaban exclusivamente esa variedad de relaciones y que tenían prohibida cualquier otra forma de placer, incluyendo la manipulación, propia y ajena y, especialmente, ese bestialismo que

Erva consideraba como una violación imperdonable, más grave aún que la violencia aplicada a un semejante, pues «los animales son seres inocentes y puros». Había diseñado, como guía práctica, un código de doce normas que no repetiré por pudor; podrán así comprender su alcance si consideran que no soy especialmente pudoroso. Y me invitó a participar en varias ocasiones, invitación que decliné amablemente, explicándole que, si bien no cuestionaba los gustos ajenos, ninguno de los míos incluía el permitir el ingreso de un cuerpo extraño en aquel sitio que destinaba, exclusivamente, a la evacuación de los residuos provenientes de la deglución. En palabras sencillas, que aquello me producía un asco angustioso. Todo ello, sin perjuicio de que, en alguna ocasión, inflamado en el furor de una rencilla erótica y solicitado por la contraparte femenina, había caminado por aquel sendero pedregoso, cuestión que, para algunas mujeres, resulta considerablemente placentero, no pudiendo yo negarles, por caballerosidad, su goce predilecto.

Entre las obras de Erva había varias que no fueron incluidas en su *ópera omnia* en razón a su extrema crudeza y que él mismo desechó. Una —poema épico le llamaba— trataba de un homosexual profundamente abatido a consecuencia de una hemorroide incurable, expuesta al estilo de Teócrito. Otra era un diálogo entre el señor don Recto y la señora doña Vagina, que discutían sobre cuál de los dos era más pestilente y donde hacía alarde de un vocabu-

lario que haría palidecer al mismísimo Rabelais. Una tercera consistía en una serie de canciones sobre las eyaculaciones de un sifilítico, cantadas por los espermios —y que Erva había considerado ponerle música, pero no decidió jamás cual era el estilo adecuado, oscilando entre el barroco tardío, el clasicismo decadente o el dodecafonismo que consideraba, sin duda alguna, como el mejor exponente de la mierda musical—. La última, y quizás la más infamante, eran las «oraciones» de San Penelón en su visita a la gruta de Santa Castralina, «seca y oscura pero repleta de vapores alucinantes, tal como el oráculo de Delfos». Todas estas obras, en sus manuscritos originales, reposan silenciosamente en la oscuridad de un armario donde guardo todo aquello que sólo será conocido una vez que me haya marchado de esta solitaria existencia, si no decido destruirlas antes para guardar un mínimo de respeto por aquel hombre notable.

Porque Ervandio Castanova era notable en muchos aspectos, donde el literario y el musical eran sólo una parte. Tenía también sus propias ideas políticas, muy radicales por supuesto, pero innegablemente certeras. Consideraba que, a lo menos una vez al año, debía organizarse una orgía en el Parlamento y que debería ser pública para que el pueblo tuviera la posibilidad de comprobar si sus candidatos eran capaces de gozar y hacer gozar apropiadamente, ya que aquellos que no gozan no poseen los requisitos adecuados para legislar pertinentemente.

—¿Cómo podríamos esperar —aclaraba su idea— que

el diputado X, que sufre de eyaculación precoz, pueda razonar adecuadamente respecto de la Ley de Pesca? ¿O que el senador Z, a quien siempre se le ve con su hermoso secretario, tenga la capacidad de rechazar el cuarto artículo transitorio de la Ley de Impuestos y que trata, precisamente, de introducir un nuevo cobro al consumo de habanos? Si el público pudiera verlos en acción sicalíptica podría tener una imagen mucho más precisa de las condiciones de sus elegidos. Claro que, consecuentemente, habría un problema, ya que al verlos empelotas, probablemente sufrirían una irrefutable decepción.

Y agregaba muchas otras ideas sobre el tema, como hacer efectivo aquello de que, cuando un Ministro mete la pata, que el Presidente «le dé por el culo» en una conferencia de prensa. De esa forma, probablemente los Ministros serían mucho más cuidadosos, salvo que tuvieran debilidad por tal castigo o terminara por gustarles, en cuyo caso la nación se hundiría en errores perpetuos.

Proponía, también, que se eliminara el retrato de la cédula de identidad y se cambiara por una imagen del órgano sexual.

—Una persona puede modificar con cirugía su rostro —argumentaba—, pero ningún hombre o mujer sometería a tal procedimiento aquella parte de su cuerpo que es, finalmente, la única capaz de hacerle feliz.

También en materia judicial tenía sus opiniones.

—Si a los violadores y a los delincuentes se les conde-

nara a comer mierda, se acabarían las violaciones y los delitos. Incluso se podría crear una división especial destinada a producir distintos tipos de mierda, estableciendo grados de pestilencia en relación con el delito, lo que beneficiaría a la economía al crear nuevas fuentes de empleo.

—Se deben eliminar las «ruedas de reconocimiento» en la policía porque no funcionan, porque las personas agredidas rara vez reconocen al agresor. ¿Cómo hacerlo, además, sin caer en la ignominia, en el caso de una señorita cuyo violador, a quien no vio el rostro, pero que le obligó a hacerle una felación?

Su lógica era, sin duda, irrefutable.

También tenía opiniones sobre la religión que es mejor no comentar en razón a que algunas personas se sentirían profundamente ofendidas ya que, si bien los religiosos se sienten con derecho a demonizar a todos los que no piensan como ellos, si uno les aplica el mismo criterio, *ponen el grito en el cielo* —que es propiedad de ellos— e inmediatamente exigen leyes que les proteja de las críticas y las burlas. En religión, la ley pareja no es ni dura ni blanda: simplemente no existe.

¿Se enamoró alguna vez Erva? ¿Era capaz de un sentimiento tan poco escatológico? Podríamos decir que, si no estaba enamorado de la mierda, nunca supe que sus sentimientos superaran la altura de la cintura. Pero sí me consta que podía guardar profunda y sincera amistad por sus amigos y, a pesar de sus obscenidades, respetaba a sus

«iguales». De la misma forma, como yo, despreciaba intensamente a los *demás*, tema de muchas y agudas conversaciones entre nosotros, algunas de cuyas conclusiones han sido plasmadas en estas páginas, sin las digresiones de mi amigo.

Hoy Erva sobrevive a sus excesos de la forma más digna posible. Por lo menos, la que puedo darle. Su mente, escasamente coherente, ya ni me reconoce cuando le visito, una o dos veces al mes. Pero la mía mantiene viva su imagen de los buenos tiempos, sus comentarios y opiniones, pues dejó en mí una huella imperecedera.

## VI - Los Ojos de Paula

Entre las amistades de Erva había una jovencita que me llamó la atención desde el primer momento. Verla allí, entre toda esa gente extravagante, entre, en ocasiones, un diluvio de vulgaridades y obscenidades resultaba completamente abstruso, pues era de un aspecto tan angelical, que en ocasiones sentía que se iba a quebrar como una figurita de cristal. Pero ella sonreía, impertérrita y observaba a los demás en silencio, sin que se le moviera un músculo de su terso e inmaculado rostro. Sus ojos eran un de color celeste rutilante, purísimo, y su mirada, acariciante como una nube de primavera. Su boca, roja natural, estaba perfectamente dibujada, resaltando en su pálido rostro como una fresa en un cubo de crema. Y su cabellera, rubia como el oro, flotaba con una gracia y una delicadeza indescriptible. Era delgada, pero con formas muy definidas, destacando el bulto de su pecho, lo que me llevó a pensar que, quizás usaba de esos corpiños con almohadillas. Pude comprobar, posteriormente, que felizmente estaba en un error. Pensaba que, sin duda, hubiera sido la inspiración

de Shakespeare para su Julieta. Y lo que me extrañaba era que todos, allí, parecían ignorarla completamente o, por lo menos, no hacerla enteramente partícipe de sus disparates, tratándola con una consideración inexplicable. Rara vez vi a alguien conversando con ella. Era como un espectro que se sentaba a observar y que, al parecer, era yo el único capacitado para verla. Pero era real, excesivamente real, al punto que Calixto Taré le hizo un «retrato», si podemos llamarlo así, donde la exponía de cuerpo entero y en el que resaltaba, de forma notable —aunque bajo los criterios del abstraccionismo—, la dorada mata de pelos de su precioso pubis, como una versión rubia de «El Origen del Mundo» de Gustave Coubert.

Era escritora. Ese era todo el misterio, pensé en su momento. Como yo, prefería la observación cautelosa a la participación peligrosa. Y nadie la molestaba por ello ni mucho menos se ofendían por su actitud distante y poco activa. Aquel grupo de libidinosos tenía el más perfecto respeto por los intereses ajenos sin jamás cuestionar a nadie ni por sus gustos, ni por sus disgustos. Vivían y dejaban vivir en la más alegre simbiosis que me ha tocado presenciar. Y la joven, tenue como una doncella de Fragonard, no molestaba a nadie y nadie la molestaba a ella.

Una noche, luego de una velada enervante en que Amanda nos deleitó con una de sus interpretaciones de Puccini versión «A», en que Erva nos divirtió con uno de sus ampulosos poemas excrementicios, en que la sala se

sumía en la bruma de la marihuana y de toda clase de alcoholes y otros estimulantes, agotado y bastante mareado, decidí retirarme, y la jovencita salió junto a mí, al parecer también con la intención de marcharse. Me ofrecí llevarla a su casa y ella me lo agradeció con una de sus delicadas sonrisas. Entonces supe que se llamaba Paula Graas y que su padre había venido de Holanda hacia treinta años a dejar una maquinaria y había conocido a su madre y se quedó para siempre. Y ella se había dedicado a la literatura, afición que practicaba desde niña. Su participación en las reuniones de Erva tenía como motivo encontrar argumentos para sus escritos, pero me confesó que todo aquello le resultaba repugnante y que se sentía hastiada de tanta obscenidad. Cuando supo quién era yo se sintió impresionada, pues había leído todas mis novelas, especialmente «Crueldad», que le había aterrorizado. Le expliqué que a mí también y que no volvería a tratar el tema.

Volvimos a vernos en varias ocasiones para conversar sobre ideas literarias y pedirme ella algunos consejos, dándole yo el mejor que se le puede dar a un escritor joven: escribir. Y pude descubrir que, contrariamente a la idea que me había hecho, era Paula sumamente parlanchina y tenía su cabecita repleta de ideas, que era su principal problema pues le costaba ordenarse y concentrarse en una sola. Estaba tan hambrienta por cuajar sus ideas que, en el desborde, terminaba por no concretar nada. Y le gustaba reír y lo hacía casi todo el tiempo, a veces a carcajadas,

especialmente cuando le contaba alguna de mis anécdotas. Había en ella una necesidad de vivir que resultaba contagiosa. Fuimos congeniando cada vez más, acercándonos en lo profesional y en lo humano. Me agradaba estar con ella, me sentía a gusto, extrañamente complacido. Un día, sin poder contenerme, le besé de improviso, retirándome luego, con el temor de haber metido la pata, pero ella se arrojó sobre mí y hundió su lengua en mi boca, mientras, con sus delicadas manos, buscaba palpar mi interés por ella. Por primera vez en mi vida me sentí cohibido ante una situación que no revestía, para mí, novedad alguna. Y al cabo de unos minutos estábamos ambos, desnudos, en la cama, abrazados, anhelantes, persiguiéndonos uno al otro alrededor de nuestro goce.

No era Beatriz, no era Mónica, no era ninguna de esas mujeres hambrientas de emociones que había conocido y que, en su afán por gozar, sacrifican el sentir. No. Paula necesitaba sentir; pulsaba cada cuerda de sus inquietudes con la delicadeza de un ejecutante experimentado en emociones profundas, como buscando sacar el sonido perfecto de su alma para que el pasajero goce del cuerpo dejara en ella una marca imborrable. Sus ojos expresaban esa necesidad, pidiéndome, silenciosamente, una caricia más, un beso más, un esfuerzo más, hasta que, sin poder retener por más tiempo mi deleite, lo deposité en ella con toda la delicadeza que me era posible, mientras le miraba a los ojos, esos ojos de cielo, que me hipnotizaban con su sinceridad.

Y me asusté. Mi vida había viajado, normalmente, entre la pasión desmedida y la indiferencia gélida; desconocía, hasta ese momento, ciertos términos medios que, o me resultaban tediosos o los consideraba inocuos. Pero Paula era como una tercera vía, un nuevo camino que yo desconocía por completo, donde me sentía perdido, pues jamás había experimentado aquello, una emoción nueva que me anunciaba sensaciones desconocidas. No sabía ni qué significaban ni cómo debía tratarlas. Era como si, de pronto, me encontrara en otro país donde se habla una lengua diferente que yo no entendía ni podía hacerme entender. Pero era un país agradable, atractivo, y no tenía el deseo de abandonarlo.

A Paula le gustaba, luego de desfogar nuestra pasión, tenderse sobre mi cuerpo, acurrucándose como un animalito cariñoso. Y me gustaba abrazarla, darle mi calor, acariciarle su cabello... Y cada día que pasábamos juntos, conversábamos, discutíamos, planeábamos y... nos amábamos. Y luego nos quedábamos inmóviles, en silencio, saboreando todas aquellas sensaciones que nos alimentaban. ¿Qué más podía pedir?

Una tarde, como siempre antes de visitarla, pasé a tomar un café a un local muy cerca de su casa. Me quedaba allí, sentado en una mesita de la calle, mirando en dirección a su edificio, como preparándome para otra velada inolvidable. Cuando vi salir a Erva de su edificio tuve una extraña sensación. Al verme, se dirigió a mí y se sentó a mi

mesa. En ese momento no sabía qué pensar. ¿La había visitado? ¿Había algún secreto que ella no me había contado? Comencé a sentirme furioso, pero pronto me di cuenta que no tenía motivo alguno, que, como los *demás*, estaba construyendo una realidad a partir de un supuesto. Y Erva, sin duda, se dio cuenta. Pidió su café y bebió un sorbo.

—Paula es una jovencita muy especial —me dijo—. ¿Sabes? Te tengo aprecio, Toto, por lo que te voy a dar un consejo.

Yo me encogí de hombros sin saber que decirle.

—Aléjate de ella... —concluyó mirándome fijamente.

No lo comprendí, porque el tono en que me lo dijo no era el de un amante disputando con otro, sino más bien el de un padre que protege a su criatura.

—¿Y si no quiero hacerlo?

—Pues entonces no me cabe dudas que eres un imbecil.

Primero pensé en sentirme ofendido, cuestión que resultaba bastante paradójal tratándose de Erva. Pero luego me di cuenta de que había un motivo tras sus palabras.

—No te comprendo —dije seriamente.

—Sólo te pido que no la hagas sufrir...

Su respuesta me descolocó. ¿Por qué habría de hacer tal cosa, si la amaba?

—Ervá —dije con la mayor tranquilidad—, yo la amo. ¿Cómo podría hacerle daño?

Guardó silencio un momento, pero sus ojos me miraban con una fijeza irritante.

—Jamás —dijo como con sordina—, en toda mi vida, he obligado a alguien a hacer lo que no quería. Todos los que participan en nuestro grupo lo hacen por propia voluntad sin que nadie les imponga nada.

Me tomó por sorpresa. ¿Qué tenía que ver aquello con Paula? ¿Había algún secreto que escapaba de mi conocimiento?

—Lo sé —le dije, buscando una respuesta—. Tú no obligas, Erva, pero seduces. Y a veces la seducción es más perversa. La serpiente no obligó a Eva; la sedujo. Y luego ella sedujo a Adán...

—Precisamente —me interrumpió con una sonrisa—. Y eso es, precisamente, lo que haces con Paula; la seduces...

—Perdona, pero no comprendo para nada la idea...

—Porque eres un egoísta de mierda...

Su respuesta estuvo a punto de hacerme saltar, pero me contuve. Si Erva me hablaba así era por alguna razón. Sabía que sentía por Paula un cariño y un respeto profundos. Quizás la sentía como la hija que nunca tuvo. Y como «padre», se sentía con derecho a protegerla. Pero ¿de mí?

—Creo que debes explicarte... —le dije finalmente.

Erva se inclinó hacia mí.

—¿Sabes por qué nunca me casé, ni tuve hijos? Pues porque no tenía derecho a hacerlo debido a la vida que decidí construir. Tú no te has dado cuenta, pero Paula es una

mujer normal que quiere una vida normal, tener una familia normal... ¿Puedes darle eso?

—¡La amo! —espeté casi con insolencia.

—No es así, Toto, y creo que lo sabes. ¿Qué vida podrías darle? ¿Estás dispuesto a abandonar tu vida y convertirte en un hijo de vecino cualquiera? ¡Por favor! ¿Cuánto tiempo va a durar el encantamiento? ¿Cuánto tardarás en engañarla con alguna furcia?

—No es mi intención...

—¡Oh, las malditas intenciones! —espetó con su vozarrón que hizo que los otros clientes del local nos observaran—. No sirven para una mierda.

Hizo una pausa y volvió a inclinarse hacia mí.

—Por favor, Toto, entiende. Tú ya tienes tu familia; te has casado con la literatura y tienes tus propios hijos, tus libros. Porque la literatura es como un sacerdocio, aunque sin la castidad, y a veces también con ella. Y nunca, créeme, podrás compatibilizar tu vida de escritor con la de marido. ¿Qué harás cuando tus hijos lloren, se enfermen, o quiera jugar contigo, y estés sumido en tus escritos? Si realmente la amas, déjala ir...

Tragué saliva. En medio de la felicidad de mi relación con Paula, no me había tomado la molestia de saber qué pensaba, qué quería ella. Y Erva tenía razón; era un egoísta de mierda que sólo buscaba mi placer y mi alegría. Pero me dolía el sólo pensar en alejarme de ella.

Me levanté de mi asiento y me encaminé al departamento de Paula. Necesitaba hablar con ella, saber que

pensaba, que deseaba; necesitaba saber también que era lo que yo quería, realmente. Porque lo que Erva me había dicho tenía sentido. Y me daban ganas de odiarlo por haberme destruido la ilusión, pero no podía hacerlo porque me había puesto en la realidad, aunque no me gustara. Pero la verdad era insultantemente evidente: ¿podría haber un futuro entre nosotros? Pero lo más doloroso, ¿estaba dispuesto a renunciar a mi vida para comenzar una nueva? Las relaciones humanas exigen renuncia, siempre, de algo que nos es querido de nosotros mismos. Recordé a Beatriz, a Mónica... Y quizás ellas deseaban lo mismo: una vida normal, una familia normal... Porque la «normalidad» resulta ser, al fin y al cabo, un cómodo agujero donde sepultar la mayor parte de nuestras vehemencias, donde acallar nuestras insolencias para con la vida y el mundo. Y yo había tomado, hacía mucho, un rumbo que, sin darme cuenta, se había posesionado de mis intenciones, que había adquirido vida propia y guiaba mis pasos como una suave tiranía, una seductora tiranía... Y hasta ese momento no me había dado cuenta de que me sentía complacido por ello. Y Erva tenía razón: llegado cierto momento, dicho tirano buscaría la forma de imponerse y, sin duda, era mejor que lo hiciera ahora, antes de tomar una decisión que sería una feroz metida de pata.

Toqué el timbre. La puerta se abrió y Paula me miró con sus ojos de cielo. Guardamos silencio. ¿Es necesario decir algo cuando ya lo tenemos claro? Porque en ese paseo de

dos calles hasta su casa había concluido que Erva tenía razón. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué no me había marchado, en silencio, como un quiltro después de una patada? Porque eso hubiera sido un insulto a mi dignidad y a la suya.

Nos besamos con dolor. Ella sabía; yo sabía... Todo había terminado, pero nuestros deseos seguían presentes, con esa perversión de la seducción que no hace más que revolver el dedo en la herida.

Fue nuestra última noche, sentados en un sofá, intentando decir lo que ninguno de los dos quería decir. Finalmente guardamos silencio. La besé, la apreté contra mi pecho y me marché.

Recuerdo que no lloré cuando murió mi padre, ni mi madre. Pero esa vez no pude evitar que mis ojos derramaran su pena. Porque había perdido una ilusión, y son éstas las que nos son más queridas que las personas o las cosas. Las ilusiones alimentan nuestra existencia, le dan vida, sentido, dirección... pero todo camino a de llegar a un final inevitable y cuando esas ilusiones se rompen, cuando nos invade la «desilusión», como una forma de ahogar la pena construimos una nueva coraza. Y mientras más ilusiones, a la larga, más corazas... Finalmente, para evitar la desilusión, asesinamos la ilusión. ¿No era mejor, como me dijera Erva, vivir en la ilusión de mi solitario matrimonio con la literatura, quizás con la única finalidad de no acorazarme hasta la insensibilidad?

Dos días después recibí una carta de Paula:

*Querido mío:*

*Ya no me verás más porque quiero que guardes de mí la imagen que has tenido hasta ahora. Quiero que mi recuerdo siempre te resulte placentero, como fue placentero para mí el estar junto a ti. Porque en este poco tiempo que estuvimos juntos me hiciste sentir más feliz que en todo el resto de mi vida.*

*Eres un buen hombre, aunque no quieras reconocerlo. Bajo tu coraza de cinismo e ironía bulle un espíritu sano, generoso y bondadoso. Y tu mente, aquel precioso cristal de tu inteligencia, brillante y luminoso, posee el poder de la sinceridad más robusta que he conocido y eso, amor mío, es lo más valioso que un ser humano puede poseer.*

*Tengo pegado a mí tu aroma, tus caricias, tus besos y todos aquellos deleites con que me gratificaste y por los cuales te estoy más que agradecida, porque te debo el valor que hoy poseo para enfrentar mi futuro. Sé que mi vida no ha sido en vano porque te conocí y porque creo que he dejado en ti un poquito de mí, que no perecerá jamás, y porque, de algún modo quizás muy modesto, he colaborado en enriquecer tu vida.*

*El que nuestras vidas no puedan realizarse juntas no significa que no sigan juntas de alguna otra forma y eso lo sabes tú mejor que yo.*

*No te diré adiós, porque lo nuestro no ha terminado ni terminará jamás. Yo estoy feliz porque, más allá de las circunstancias, no puedo sino estar agradecida de la*

*vida por haberme dado el enorme placer de haber disfrutado de tu compañía y haber merecido tu amor. Espero que el mío siga presente en ti.*

*Tuya, siempre.*

*Paula.*

No recuerdo cuantas veces la leí en ese breve momento, cuantas veces mis ojos paseaban por esas letras que contaban una historia que no hubiera querido escribir.

Nunca supe qué fue de ella, a dónde había ido. ¿Había conseguido su propósito de formar una familia, de tener hijos y un marido que la amara? Y percibí que deseaba que así fuera y eso me hizo sentir bien. Descubrí que existe un precioso placer en la generosidad, en esa que implica un dolor, un abandono, una pérdida. Porque si bien perdemos lo que queremos, obtenemos una ganancia profunda en nuestra paz interior porque hicimos lo correcto, algo de lo cual, hoy más que nunca, la mayoría carece, pensando siempre, egoístamente, en satisfacer sus vulgares apetitos, cuando no convierten esa generosidad dolorosa en una suerte de masoquismo pervertido.

Paula fue, para mí, quizás lo más real que sucedió en mi vida. Todas mis otras experiencias parecen sueños gratos, melancólicos, incluso pesadillas. Con ella descubrí que podía sentir por alguien algo que jamás antes había sentido y eso me hizo convencerme de que era un hombre completo. Y mi renuncia a ella me hizo encontrar un pedazo de mí que desconocía, ese pedazo que nos dice que

podemos ser buenas personas; basta con no dejarse atrapar por nuestro malévolos ego...

## VII - Mis Mejores Enemigos

Te mataría si no te necesitara, dice el enemigo. Porque todos nos necesitamos, algunos de una forma más enferma que otros.

La mayoría de mis conocidos han entrado y salido de mi vida como de un burdel; vinieron a buscar placer y sólo se llevaron un vacío, no porque yo no haya podido darles algo sino, simplemente, porque lo que yo podía darles no era lo que ellos querían. Así nacen los enemigos.

La «fórmula mágica» de las relaciones humana se reduce a una sola palabra: satisfácame. Cuando eso sucede todo es coser y cantar. Pero en cuanto uno de los participantes se niega a darle a otro lo que le pide, caen sobre él los más sucios y repugnantes calificativos, aunque previamente haya sido considerado «lo mejor que hay». Porque hay un *gen parasitario* inserto en el hombre que vive de las emociones ajenas, que chupa su savia para sobrevivir, incluso empujándolo al extremo de sus posibilidades como una forma de «poner a prueba» su amor, su amistad, su lealtad... Porque los *demás* están convencidos que se lo

merecen todo, sin hacer ningún esfuerzo, sin realizar ningún sacrificio, como si fuera un don divino del cual fueron investidos y que consideran un «derecho». Y el origen está en ese demonio que todos llevamos dentro y que se resume en tres letras: EGO.

Siempre les he tenido más aprecio a algunos de mis enemigos que a la mayoría de mis amigos —o más bien supuestos amigos—, debido a que de los primeros me puedo esperar cualquier cosa; es decir, estoy prevenido. No así con los segundos, que siempre te toman por sorpresa. Salvo, en mi caso, con Erva y otros de su grupo, quienes no pedían nada ni tomaban nada que uno no quisiera dar pero que, en cambio, te ofrecían todo lo que tenían, quedando a tu arbitrio si lo tomabas o no. Pero para los *demás*, eran unos degenerados, seres repulsivos a quienes, si estuviera en su poder, destruirían implacablemente. Y entonces es cuando uno se pregunta ¿cuáles son las buenas personas? ¿Y cuáles las malas? Porque Erva, con toda esa parafernalia obscena, con sus diatribas coprolálicas, jamás le hizo daño a nadie, más que a sí mismo. Quién sabe si eso es quizás más grave desde un punto de vista humanista, pero no lo es, de ningún modo, desde un punto de vista social.

En gran medida Erva era un enemigo para mí, pues representaba todo aquello que me repugna, sin negar que, por esa misteriosa fuerza de lo pavoroso, me seducía, siendo quizás esa la principal causa de que le considerara peligroso para mí. Algo similar me sucedió con Beatriz,

cuyo cuerpo empalagosamente erótico, tenía un efecto alucinante en mis emociones, por lo menos en el comienzo de nuestra relación. Nunca he conocido otra mujer que, hundida en la búsqueda de su placer, fuera capaz de enervarlo a uno de una forma tan abrumadora. Sentir su cuerpo hirviendo bajo el mío, moviéndose como la selva tropical, con toda su humedad y calidez sofocante, era una experiencia alucinante, más aún cuando implantaba en mis oídos esos gemidos guturales que nacían de lo más profundo de su goce y que se sentían como una auténtica sinfonía del placer. Sólo Mónica podría parecerse en ese aspecto, salvo por la «intención» que involucraba, que hacía que, finalmente, todo encuentro placentero tuviera un «precio». En Beatriz, todo era gratuito, o debiera decir quizás, se cobraba en goce, que era su moneda oficial. Pero ambas fueron mis «enemigas» pues, de alguna forma, sólo querían algo de mí que no era, precisamente, lo que yo podía darles, así como tampoco ellas me daban lo que yo necesitaba recibir. La diferencia estaba en que yo me conformaba con lo que me daban, porque ¿qué sentido tiene pedirle a alguien que te dé algo que no está a su alcance? Saborea lo que te ofrecen, disfrútalo y agrádeclo. Eso hace la felicidad.

Pero tuve otros enemigos, incluso formidables, a quienes tengo mucho que agradecer. Tomás Valle fue uno de ellos. Me aborrecía con todo su ser y no podía esconder sus emociones al respecto. Y aunque en un principio pensé que era simple envidia —ese sucio sentimiento que se

arrastra como un gusano de cloaca dentro de nosotros—, pronto descubrí que el motivo era otro, más simple, más explícito: mi forma de ver y vivir la vida, mi negación absoluta a involucrarme, a sentirme partícipe de las miles de «obligaciones morales» que nos imponen los *demás* con el único fin de predeterminedar la existencia ajena. Porque Tomás era un creyente en el más amplio sentido del término. Era un cristiano, era un patriota, era un aristócrata que consideraba la tradición como una especie de ineludible responsabilidad, por la cual era necesario hacer toda clase de sacrificios. Y cuando le rebatía sus argumentos, cuando planteaba mi visión de sus «religiones», haciéndole notar sus incongruencias, incoherencias, inconsistencias, sus descaradas contradicciones, no le quedaba más que el desprecio como último recurso para defender su mundo, estrecho y prefabricado. No podía entender que yo tuviera una visión propia, ajena a toda norma preestablecida. Para él eso era una especie de herejía imperdonable, ya que partía de la equivocada premisa de que un individuo, inserto en una sociedad, tiene la obligación de someterse a los parámetros establecidos por esa sociedad, sin aceptar mi premisa de que, dichos parámetros, habían sido establecidos por individuos que, por lo mismo, no respetan el desarrollo natural de la sociedad, consecuencia del ejercicio de la libertad. Porque las sociedades no necesitan de más reglas que aquellas que dicen relación con el mutuo respeto. Yo no compartía su creencia cristiana pues, incluso, ni siquiera creo que jamás haya

existido Jesucristo; mis investigaciones al respecto me señalan que todo fue un equívoco del cual se aprovecharon los frescos de siempre para imponer su poder. Tampoco compartía su idea del patriotismo ya que la «patria» es, esencialmente, una abstracción sin sentido, un sentimiento sin cuerpo, un valor sin fundamentos. Porque ¿qué es lo patriótico? ¿La bandera, el himno nacional, los héroes militares? Esos son sólo símbolos cuya relevancia es absolutamente relativa. Millones de seres trabajan día a día por un sueldo miserable para que algunos pocos aprovechados se hinchen de dinero; ¿es eso patriótico? Porque visto desde la realidad misma, a nadie le importa un carajo la patria cuando se trata de satisfacer sus mezquinos apetitos. Los políticos anteponen los intereses de partido a las necesidades del país; los empresarios consideran a la patria una mera fuente recursos. ¿Quiénes son, finalmente, los que *deben* ser patriotas? ¿La masa informe de anónimos estúpidos que se dejan explotar alegremente? ¿Los ingenuos que viven soñando con convertirse en héroes? ¿El Gobierno, que jamás colabora con aquellos que sí ponen empeño en salvaguardar la historia y las tradiciones, si no le rinden beneficios electorales? Por lo tanto, el patriotismo no es, por lo menos hoy en día, más que una pose vacía, una necesaria actitud ante el público que permite esconder muchas perversas intenciones. Pero no podía negar que Tomás tuvo relevancia en mi desarrollo intelectual y moral pues con su actitud, con sus opiniones, logró hacer de las mías algo mucho más concreto, más

serio, incluso más refinado. La exigencia del rebatimiento inteligente es el mejor maestro de las opiniones.

Y a quién le debo mi convicción definitiva en contra de los idealismos, es el más grande soñador que he conocido en mi vida; Luis Lionel Garay. Ha sido la única persona a la cual he lamentado haberle aporreado intelectualmente, porque era también el único que he conocido que creía en lo que decía, respetaba sus convicciones y, lo más triste, estaba convencido de que eran posibles. Y no es que sea yo un pesimista empedernido; en realidad siempre he sido bastante optimista, a pesar de las circunstancias, a pesar de *mis* circunstancias. Pero algo muy diferente es creer que algo puede suceder, que estar convencido que alcanzaremos el Paraíso. Porque Luis Lionel poseía uno de esos espíritus puros que creen en la bondad humana, que luchan por la justicia, que confían en la grandeza de sus semejantes... Pero le engañaban, le robaban, le maldecían entre dientes y él, con una ingenuidad enternecedora, seguía creyendo incluso en quienes le hacían daño. Y para estos, obviamente, Luis Lionel era un *huevón*, porque para los *demás* todo aquel que posee bondad, honradez y dignidad debe ser, indefectiblemente, un *huevón*, sin reconocer —no lo harían jamás— que los verdaderos *huevones* son los que no quieren reconocer que la bondad, la honradez y la dignidad construirían un sociedad mucho más justa, pacífica y provechosa.

Luis Lionel era mi enemigo, aunque sólo desde el

punto de vista intelectual, pues siempre tuve por él el máximo respeto y una cariñosa admiración. Pero él no podía perdonarme mis opiniones, no podía aceptar mi convencimiento de que el *garrote* es lo único que hace funcionar adecuadamente las sociedades, ya sea en la forma de la ley o del látigo. Para él era imprescindible que las personas comprendieran lo importante de ser honestos para tener una mejor vida y que eso debería inculcarlo el Estado, y cuando yo le replicaba que eso me parecía algo así como «el diablo vendiendo cruces», pateaba de rabia.

—Hay hombres buenos —me decía—, aunque tú no lo creas...

—Te equivocas —le replicaba—; sé que hay hombres buenos, pero los malos son mayoría y, en una Democracia, la mayoría manda...

«Un Estado constituido por los mejores hombres de la sociedad —escribió en un artículo—, dispuestos a dar a sus semejantes el mejor ejemplo, conseguiría en el corto plazo señalar el camino correcto en dirección a una sociedad justa y razonable. Contra esa fuerza no hay enemigo posible.»

Y tenía toda la razón, hipotéticamente hablando. Porque el problema no es la idea, que puede ser fantástica, sino que, en el hecho, los Estados rara vez están constituidos por los mejores hombres, sino que, muy por el contrario, se hayan plagados de parásitos enquistados en todas sus áreas, chupando la sangre de los impuestos, corro-

yendo sus bases con su corrupción, su desidia y su endémica ineficiencia. Y son intocables por razones políticas. Así que, aunque la idea pueda ser maravillosa, la realidad es que la mayor parte de la sociedad vive defendiéndose de una minoría cazcarrieta que hace todo lo posible por entorpecer su avance, generando una burocracia indecente destinada a hacer prevalecer sus minúsculos poderes sobre el beneficio general.

Luis Lionel Garay fue acusado de abusar de una jovencita que quedó embarazada y que lo demandó por todo lo que tenía. El ofreció casarse con la muchacha, pero ella no tenía interés en su persona, sino en sus bienes. Y él no se defendió. Le dio todo lo que tenía porque se sentía responsable, con lo que consiguió, del Tribunal Familiar, la posibilidad de ver a su hijo «de vez en cuando», lo que le hacía muy feliz. ¿Cómo podría alguien odiar a una persona como él, con una bondad a toda prueba y un sentido de la responsabilidad que se acercaba a la autodestrucción? Y, sin embargo, muchos lo odiaban. Porque los *demás* odian a las buenas personas, a los consecuentes, a los honrados, a los buenos... Precisamente eso hizo que yo aprendiera a querer a este hombre sensible y generoso, aunque él a mí no me soportara. Lo importante era que a mí me hacía sentir bien, como me hace bien despreiciar a los *demás* que, por lo general, ensucian la especie humana.

Pero mi más notable enemigo fue Agustín Sarmiento, uno de los tipos más turbio e hipócrita que he conocido

en mi vida y que, de no ser porque soy un hombre esencialmente pacífico, le habría quebrado las piernas con la mayor alegría, aunque le apliqué un castigo quizás peor, ya que me inspiró mi siguiente novela, «Los Despreciables», donde su retrato era sumamente explícito y todos quienes le conocían sabían que se trataba de él, incluido él mismo, razón por la cual hizo todo lo posible por perjudicarme y, al no poder lograrlo, se dedicó a sembrar chismes malintencionados, todos ellos falaces, en mi contra, cuestión que tampoco le sirvió, descubriendo que me encontraba muy fuera de su alcance.

¿Qué había hecho este individuo que mereciera de mi parte tanto esfuerzo, como el escribir toda una novela sobre él? La lista era interminable y la seguiría aumentando, sin duda. Era el epítome del hombre «exitoso» de hoy; sin escrúpulos, descarado, traicionero, inmisericorde, cobarde y ambicioso. Amparado en el apoyo irrestricto de algunos funcionarios corruptos, había despojado de sus bienes a más de alguno. Tenía varios hijos naturales a los que jamás había prestado el más mínimo socorro, descubriendo siempre la forma de evadir su responsabilidad. Agasajaba a sus amistades de forma espléndida, especialmente a algunos parlamentarios y empresarios que le demostraban un gran aprecio. Y como era un hombre físicamente atractivo y con una gran labia, resultaba encantador para las mujeres, muchas de las cuales se rendían ante sus encantos, para descubrir luego que era absolutamente incapaz de sentir aprecio por alguien más que por sí

mismo.

Fue en una reunión en casa de mi editor, Julián Mass, donde le conocí, pues Agustín le perseguía para que le publicara un libro que había escrito, titulado «La Fortuna Fácil», que luego de conocerlo bien a él me hizo mucha gracia, salvo por el hecho de que en aquel libro no mencionaba los métodos que él utilizaba habitualmente, sino que constituía un código de probidad y esfuerzo para alcanzar la riqueza, lo que me hacía pensar al respecto de que, sin duda, le había resultado fácil escribirlo pues bastaba con que expusiera todo lo contrario a lo que él hacía para que quedara de maravillas. Julián me pidió que lo revisara y luego de leerlo, habiéndome ya informado sobre quién era realmente Agustín Sarmiento, le recomendé a mi editor que lo mandara al demonio pues, si se sabía que amparaba a un individuo de esa calaña, publicándole un libro que tenía el hipócrita propósito de crearle una imagen honorable al más repugnante individuo, eso podría perjudicar su credibilidad. A cambio, le ofrecí escribir «Los Despreciables», basada en aquel mamotreto, donde aplicaría todo lo que había aprendido sobre los *hombres de negocios* de mi venerado Balzac, a quién hacía tiempo tenía deseos de imitar. Y ésta era la ocasión ideal. Inmediatamente me sumé en mi tarea y al cabo de tres meses tenía el primer borrador que, luego de algunos breves cambios, se convirtió en mi más premiada obra. Inmediatamente comenzaron los ataques de Agustín, desde todos los frentes, pero sin resultados. Sólo faltó que me demandara por haberlo

utilizado como modelo de mi personaje, lo que no me hubiera extrañado, ya que de esa forma conseguía, por una parte, sacarme dinero y, por la otra, obtener publicidad, aunque fuera mala. Pero hoy en día eso importa poco, siempre que le mencionen a uno, tal como lo aclarara Oscar Wilde hace más de cien años. Pero, por suerte, no se atrevió a tanto. Su esfuerzo principal se dirigió a decir de mí que era un sinvergüenza, gay, incluso pedófilo... Como jamás me tomé la molestia de responderle, haciéndole notar que me era completamente indiferente lo que hiciera o dejara de hacer, toda su furia cayó en el vacío y, al poco tiempo, desapareció de escena, para reaparecer, de vez en cuando, relacionado con algún suceso turbio. Extrañamente, jamás fue a prisión por sus sinvergüenzuras, pero en mi interior abrigaba la esperanza de que, algún día, en algún momento, pagara por su torcida maldad y su venalidad, pero la vida no es justa, ya lo sabemos, y en muchas ocasiones —muchas más de las que uno quisiera—, los despreciables resultan victoriosos, tal como el caso de aquel mediocre de Richard Rich que, con el único afán de encumbrarse, traicionó a Tomás Moro, el único hombre que le había tratado dignamente. Finalmente llegó, gracias a su venalidad, a convertirse en lord Canciller.

Así es...

## VIII - La Soledad de la Multitud

Un café cargado, un cigarrillo, algo en qué pensar... Suficiente. Todas las mañanas me siento frente a esa pantalla devoradora de mi vista y tecleo durante horas, hasta que las tripas comienzan a reclamar. Escribo con mucha calma, en realidad. No soy de los que se obsesionan con sus palabras. Incluso me doy el trabajo de buscar, constantemente, el sinónimo más adecuado, más explicativo. Voy desarrollando las ideas de una forma paulatina, casi metódica, aunque parezca que en ocasiones me desbordo. Soy tremendamente cuidadoso, porque quiero expresar de la forma más precisa posible mis ideas. Y reviso, repaso, constantemente, como un pintor que jamás está satisfecho con la imagen plasmada en la tela. Porque lo que busco es, en gran medida, pintar con mis palabras, crear imágenes, formas, colores, incluso aromas...

La soledad es mi única compañía en ese momento. Cualquier distracción asesina la frase cabal. Cuando mucho, me acompaño con música, esas melodías que, su-

brepticamente, se meten en nuestra conciencia y colaboran en darle más colorido a las frases, a veces sin darse un real cuenta de lo que sucede. Y cuando releo, en ocasiones descubro que, sin esa música, esa frase resulta incomprendible, y debo modificarla.

Pero mi soledad es fructífera, como la soledad de un cactus que, en pleno desierto, colabora en dar verdor a la pasividad marrón que le rodea. Y es una soledad de entorno, pues en mi interior bulle una multitud de recuerdos, ideas y sensaciones que son como un vendaval. Allí cohabitan mis errores y mis éxitos, mis amigos y mis enemigos, mis placeres... y Paula... cuyo recuerdo es como un oasis de íntegra belleza que me hace sonreír, sinceramente, tiernamente, con esa dulzura que sólo ella era capaz de generar en mí. Porque Paula nunca desapareció completamente, siempre ha estado presente como una de esas experiencias transformadoras, enriquecedoras. ¿Que hubiera querido que las cosas fueran diferentes? Sin duda. Pero, ante la evidencia, no queda sino rendirse y saber aprovechar el hermoso fruto que ha nacido de su semilla, fruto sabroso, dulce como la alegría y amargo como la congoja, la combinación de sabores que constituyen el sabor de la vida misma. Y si todo volviera a repetirse, a pesar de saber el dolor que me causaría, no lo rechazaría, porque el sólo hecho de haberla conocido fue para mí la más importante experiencia que pudo haber vivido hombre alguno. ¿Cómo puedo, entonces, sentirme solo, cuando me acompaña la vida misma, con todas sus variantes, con todas sus

vicisitudes, con toda su luz? La soledad sólo es molesta para quien está vacío, porque necesita llenar su existencia con algo, cualquier cosa que le impida escuchar el horrísono silencio de su vacuidad. Por eso acuden al bullicio, a las amistades salaces, al estertor alucinógeno, a cualquier sensación embrutecedora que anule su capacidad de sentir, porque todo sentimiento verdadero, auténtico, les lleva indefectiblemente a una realidad abismante. Necesitan acallar el silencio que nada les dice porque no tienen oídos para escucharlo. Necesitan oscurecer el vacío contra el cual no pueden luchar porque no tienen nada real con que llenarlo. Necesitan adormecer los sentidos porque no tienen nada auténtico en que fijar su mendaz atención. E inmersos en ese ensueño idiota, son felices, porque no aspiran a más, porque no respetan su propia vida, su propio ser, sus propias sensaciones, a las que embrutecen, día a día, con cualquier emoción barata que les ahorre el duro trabajo de pensar, de construir una vida real, de comprender el mundo que les rodea y que les ofrece, en todas partes, la posibilidad de una satisfacción tangible. Esa es la soledad de la multitud, una soledad de avalancha, de autoexterminio, la que justifican con las «creencias», de todo orden, que no son más que aberraciones de su existencia, a la que jamás pueden mirar de frente pues les aniquilaría con su pena, su abandono de sí mismos, su cobardía frente a la vida.

Conocí a muchos solitarios que vivían rodeados de personas, sumidos en perpetua algarabía. Nunca pude tener

con ellos una conversación que pasara de los estrechos límites de la sensación. Nunca una idea completa; simples revoloteos intelectuales de polillas nocturnas que se sienten atraídas por la llama que ha de calcinarlas. Jamás una sinceridad, virtud desconocida para quienes no confían en sí mismos. Perdidos en la llanura estéril de sus risas fingidas, son incapaces de comprender la fuerza reproductiva del doloroso llanto de la verdad, de esas saladas lágrimas que nacen del manantial de nuestros errores y que son, finalmente, nuestro único aliado en la búsqueda de la redención, no de esa que prometen los vendedores de sueños hueros y que sólo se gana con la sumisión gratuita, sino de aquella que se consigue encarándose a sí mismo.

Tengo muchos nombres, ningún apellido. Porque toda esa gente no tiene, en realidad, apellido, pues eso implica pasado y todo pasado implica, a su vez, futuro. La multitud rechaza el futuro, solo estima el perpetuo presente, que no es más que el intangible devenir de un antes a un después. Porque el presente no es real, no existe, es sólo un tránsito perenne.

Cecilia y Gustavo pertenecen a esa casta de seres estrictamente *presentes*. Nunca cometerían el sacrilegio de vestir ropas vulgares, compradas en una multitienda; ellos adquieren sus prendas en locales finos, caros, revisándolas por todas partes para comprobar que no exista ninguna etiqueta que diga «Hecho en China», máxima vulgaridad inaceptable para alguien de «rango». Tampoco cometerían el crimen de comer en un local de comida rápida; sólo

lo mejor en los restaurantes de moda, pero moda sólo para los pudientes. Y sus amistades no podían ser «cualquier persona», sino únicamente gente de la televisión, los «medios», especialmente de la farándula, con quienes podían compartir una charla amena consistente, casi siempre, en el despellejamiento de alguna de sus otras amistades. Pero a mí me recibieron muy bien porque era un escritor famoso, aunque no habían leído ninguno de mis libros. No era necesario hacer algo tan aburrido; era suficiente que, alguna vez, hubiera yo aparecido en la tele o me hubieran mencionado en los medios. Ustedes pensarán, como siempre lo hacen los *demás*, que Cecilia y Gustavo acostumbraban a organizar alguna fiestecilla «privada» destinada a liberar sus enardecidos ímpetus. Pero, se equivocan, pues era una de esas parejas, como hay muchas, que evitan de forma quizás enfermiza toda relación física, pues no sólo les parece vulgar, sino que podría afectar su perfecta imagen, su bronceado caribeño, su peinado de estilista, incluso les molestaría profundamente el arrugar sus sábanas, mucho más el mancharlas con algo tan in-mundo como un fluido corporal.

Pero había otras parejas, como la de Alicia y Mateo, o Sandra y Javier, que habían descubierto el excitante mundo del *swinging*, aquella especie de aventura erótica diseñada para los cristianos de domingo. Ambas parejas eran matrimonios jóvenes y aburridos, con un muy buen pasar económico. Ambas buscaban «escapar de la rutina», aunque convirtieron sus «escapadas» en algo rutinario. Y

ambas me invitaron a una «reunión» en la cual querían ellos ver cómo me «tiraba» a sus cónyuges. Mi ataque de risa les tomó por sorpresa pues consideraban que lo que hacían era una especie de desafío social, una rebeldía máxima en contra de las normas, y pensaban que yo, a quien consideraban un completo anarquista, estaría más que dispuesto a participar. Así que cuando les expliqué que me parecía una soberana tontería se quedaron completamente pasmados.

—Ustedes hacen del sexo un simple ejercicio físico — les expliqué—, y me resulta tan atractivo como levantar pesas o hacer flexiones. Incluso andar en bicicleta, ese vehículo que hace parecer idiota al más inteligente me resulta más atractivo. Me da igual lo que hagan, tienen derecho a ello, pero para mí, una relación sexual es algo más que la persecución de un insignificante orgasmo: es el contacto de dos cuerpos que desean encontrar, a través del placer, lo que tienen en común y que, la mayoría de las veces no tiene directa relación con el sexo, sino con la búsqueda misma. El sexo no es un propósito en sí, sino el transporte hacia lo sensacional. Y si no es auténtico, resulta finalmente tan vacío como la masturbación.

No volví a verlos. Pero conocí a muchas otras personas que, sintiéndose solas, en vez de buscar la amistosa compañía de un buen libro o de un amigo sincero, preferían la embrutecedora jarana de la embriaguez y el exceso, sin percatarse que con ello ahondan aún más su soledad, su vacuidad, junto con maltratar sus sentidos al punto del

embotamiento de la propia dignidad. Pero jamás me comprendieron. Para ellos, los *demás*, lo que yo les proponía era casi monacal, una especie de vida ascética que les resultaba pavorosamente aburrida. No comprendían que no predicaba la privación, extremo tan estúpido como el exceso, sino la búsqueda de una satisfacción auténtica, epicureísta. Pronto noté de que el problema no estribaba en el propósito, que muchos de ellos consideraban grandemente deseable, sino en el hecho fundamental de que su consecución no era inmediata y requería demasiado esfuerzo, cuestión impensable para quienes han sido formados bajo las torcidas premisas de la *cultura del facilismo*. Entonces me di cuenta de mi error, porque era yo el que estaba equivocado, no ellos; era yo el que hablaba un idioma extranjero, el que intentaba mostrarles una realidad que escapaba a su comprensión. ¿Cómo puede uno hacerle entender a un bosquimano que el analgésico no cura la enfermedad, sino que solamente reduce sus efectos? Para él, si no hay dolor, no hay enfermedad: lógica irrefutable. ¿Cómo hacer entender a un ciudadano del siglo XXI que los placeres efímeros no llenan nuestros vacíos, sino solamente evitan pensar en ellos? Pues si no los pienso, no existen: lógica irrefutable también.

Fue por esa época cuando conocí a otro de esos personajes extraordinarios que han aparecido en mi vida como fantasmas creados por mis propias necesidades, pero que eran tan reales y dolorosos como cualquiera: Anteo Latta-

piat. Tenía el aspecto de una gárgola, con los dientes torcidos, la nariz rechoncha y las orejas puntiagudas. Me daba la sensación de que, por algún mágico poder, había logrado desprenderse de la catedral de Notre Dame o de la de Reims, para venirse volando hasta este antro menor a divertirse con la imbecilidad general. Pero en realidad había nacido aquí, hacía más de cuarenta años, descendiente de una familia francesa bastante pudiente y heredero de una buena fortuna que derrochaba en toda clase de placeres efímeros. No era escritor —en verdad, cuando supo que yo lo era, me miró con asco—, ni músico, ni artista de ninguna cosa. Nunca había estudiado carrera universitaria alguna pues lo consideraba una forma de *degradación del genio*.

—Los académicos —me explicó una noche— son los momificadores de la cultura; le sacan la sangre y las vísceras y la convierten en una vieja tan seca y fea, que a nadie que respire más dos veces seguidas le puede interesar tirársela.

¿A qué se dedicaba Anteo? Su tarjeta personal era muy explícita al respecto pues, bajo su nombre, agregaba: Vividor.

—Yo —decía— vivo, por lo tanto, soy un «vividor». Los que no son vividores, no viven; sólo sobreviven. Y la sobrevivencia no es más que un sucedáneo.

Como era mi costumbre, preferí callarme mis opiniones, por lo menos al principio. Me gusta escuchar qué piensan los demás y, la mayoría de las veces, me llevo una

sorpresa pues, aquello que creía simple charlatanería, como en el caso de Erva, resultaba ser bastante más complejo y, muchas veces, me obligaba a cambiar, no sólo mis puntos de vista, sino incluso mis opiniones. Y Anteo no era un tonto ni un ignorante.

—He leído mucho —me decía—, pero dejé de hacerlo cuando observé que ustedes, los escritores, no entienden nada de la vida; sólo quieren hacernos creer que puede mejorarse, pero la verdad es que la vida sólo puede empeorarse ya que tenemos en contra el tiempo, irrevocable, que lo carcome todo.

—Yo no voy a perder mi tiempo con doctrinas —me dijo en otra ocasión— que no son más que caramelos para los estúpidos, fabricados por otros un poco menos estúpidos.

—Si hay algo categórico en la vida —comentó en cierta ocasión en que se encontraba sumergido en una joven complaciente, ya que a pesar de su aspecto Anteo tenía una facilidad increíble para seducir a cualquier mujer que quisiera y en ocasiones me hacía partícipe de sus conquistas, cuando eran más de dos—, es que, si no la disfrutas, eres un completo imbécil.

Y él la disfrutaba muchísimo. Y yo le observaba y le escuchaba, pues presentía que, bajo toda aquella parafernalia vividora, había algo más, algo importante, una enseñanza sorprendente.

—Nada más fácil que seducir a una mujer —me explicó

una vez—; sólo debes hacerla reír. La risa es el mayor afrodisíaco para la mujer. Ya ves que no soy ningún Adonis; en realidad soy un tipo muy feo. Pero jamás he dejado de tener buena compañía femenina, complaciente y agradecida, simplemente porque las hago reír. Y me río de mí mismo, de mi propia fealdad y entonces las mujeres sienten una gran ternura pues consideran que la fealdad es una especie de condena, y me premian con su dulzura. De esta forma, puedo decir sin temor alguno a equivocarme, que he hecho más conquistas que cualquier bello espécimen masculino. Dime tú, Toto, que eres un hombre atractivo, si no tengo razón.

Sin duda la tenía. Porque no se sentía menoscabado por su fealdad, sino que había descubierto que, como todo en la vida, las realidades no tienen un solo punto de vista.

## IX - Experiencias Categóricas

Mis experiencias con Anteo fueron categóricas también. No me hizo cambiar de opinión respecto de lo importante que resulta llenar nuestros vacíos existenciales con vivencias trascendentes, pero sí me afectó en comprender la validez de aquello que consideramos como tal. Porque la trascendencia, finalmente, sólo se relaciona con el tiempo, con la perdurabilidad y la pregunta que él me hizo y que me descolocó fue: ¿son importantes las cosas sólo porque perduran?

Negar que me hizo trastabillar, en muchas ocasiones, sería faltar a la verdad. Tenía él una formidable facilidad de meterse en las ideas ajenas y destrozarlas desde adentro, como un virus, demostrando que aquello que damos por sentado generalmente no es más que costumbre y la costumbre no es más que flojedad.

—Supongo —le dije un día— que tú no has amado nunca, verdadera y profundamente.

Lanzó una estridente carcajada.

—¿Qué es el amor? —dijo luego—. Una serie de reacciones bioquímicas que afectan nuestro cuerpo y que le hacen sentirse bien. La dopamina activa nuestro centro del placer, la feniletilamina es la que dispara nuestra sensación de enamoramiento y es un pariente de las anfetaminas, y la oxitocina nos ayuda a estabilizar nuestras emociones y es la que se encarga de proyectar nuestro deseo sexual. Entonces aumenta la presión arterial, el corazón late más de prisa, aumentan los glóbulos rojos para dar más oxigenación a las células y se liberan grasas y azúcares para aumentar la masa muscular. ¡Eso es el amor! Y también el deseo sexual. ¿Sabes cuál es su único beneficio material? Que quienes se enamoran más seguido o tienen sexo periódicamente, evitan el mal de Parkinson y el Alzheimer. ¡Yo me enamoro todos los días!

—Pero ¿ha de ser todo pura química? —le repliqué—. ¿Qué hay de los sentimientos de apego, de la necesidad de compartir más allá de la carnalidad, del acompañarse en la vida?

—Mi querido Toto —respondió—, para ser un tipo tan inteligente eres bastante estúpido. Porque aún no te has dado cuenta de que lo que dirige nuestra vida son dos factores contrapuestos esenciales que conforman nuestra realidad. Uno es la química, que determina nuestro ser y el otro es nuestra imaginación, que dirige nuestros actos. No hay nada más, excepto, claro está, el egoísmo, que hace que el mundo funcione. Todos buscamos nuestro placer y si, a cambio, damos placer, todo está bien. Claro que hay

muchos enfermos que quieren todo el placer para ellos y se lo niegan a los demás y, para ello, inventan doctrinas justificativas. Lamentablemente, son los que han dominado, durante siglos, los actos humanos, pero sólo lo han hecho en la forma, pues en el fondo seguimos viviendo como siempre lo hemos hecho.

Era doloroso para mí el siquiera considerar esa opinión, pues venía a resquebrajar muchos pilares que había construido para levantar mi templo de palabras. Pero, pensándolo bien, llenaba otros vacíos de mis pensamientos que permanecían allí, latentes, sin que yo les prestara demasiada atención. Porque, pensaba, ¿qué tiene de malo el que seamos una entidad bioquímica y que nuestra realidad se funde en las relaciones que se producen entre los neurotransmisores? ¿Tiene aquello, obligatoriamente, que atentar en contra de la ética necesaria para conservar nuestra dignidad? Indudablemente que no, puesto que, si bien somos, ineludiblemente, entidades biológicas, somos también seres capaces de orientar esa biología a fines altruistas, pues si el egoísmo es una de nuestras fuerzas, eso no excluye su contrario, la generosidad, como una forma de estabilizar nuestras emociones y darle cuerpo, así, a «nuestra» realidad, ya que no existe una «realidad común», como algunos piensan, sino solamente cuando logramos compatibilizar nuestras necesidades individuales. De esta forma, si bien somos ante todo seres que viven de las contradicciones, son esas mismas contradicciones

las que nos permiten construir la vida de una forma armónica. Y esta idea, nacida de un individuo para quien todo era pasajero y fugaz, que renegaba del tiempo, terminaba dándole cuerpo definitivo a una opinión trascendente: una contradicción flagrante. ¿Qué sentido tienen, entonces, todas aquellas doctrinas que persiguen crear «mundos mejores», cuajados de fantasías irrealizables? Absolutamente ninguno por el simple hecho que, ante todo, intentan eliminar las contradicciones, vitales para la vida misma. Y esas fantasías son irrealizables precisamente porque se les ha eliminado la contradicción, cuestión que para nuestra mentalidad unidireccional puede resultar —valga la redundancia— contradictorio, pero que para la realidad es tan vital como el oxígeno para un ser vivo. Porque amar, finalmente, es un acto *egoísta*, en el sentido de que no constituye sino una reacción bioquímica que se produce en *un* individuo, pero ese mismo *egoísmo*, tras pasado al ser amado y motivado con el deseo sincero de hacerlo feliz, se convierte en un acto de *generosidad*: una perfecta contradicción trascendente.

Sí; somos entidades biológicas. Nuestro cuerpo clama por placer y lo busca, desesperadamente, donde sea. Es un prurito esencial de la vida y negarlo no sólo es una aberración, sino, además, un crimen. Y todos aquellos que han intentado normarlo, controlarlo e incluso conculcarlo, no pueden ser sino seres enfermos cuya biología no funciona adecuadamente y cuya imaginación es incapaz de concebir la contradicción como algo esencial a la vida. Y lo más

ridículo de todo, cuando nos enfrentamos a estos patrones «seudomoralistas» que intentan desafortunadamente dirigir nuestra existencia al punto del crimen, es que nos encontramos rodeados de fuentes de placer en todas partes, a cada momento. Porque la naturaleza nos ha dotado de los sentidos que han sido diseñados, casi exclusivamente, para el placer. Somos los humanos entidades biológicas construidas para el goce en sus más variadas formas, exigiendo a cambio sólo dos esfuerzos para darle un propósito benéfico: sensibilidad y moderación. De esta manera, las formas bellas, la música, los aromas perfectos, la infinidad de sabores, el goce del cuerpo, e incluso el deleite de las ideas armoniosas expresadas en prosa y poesía, constituyen un alimento que nutre nuestra felicidad. Negar esta realidad, es el más atroz crimen que se puede cometer contra la humanidad y nadie que tenga su biología bien constituida puede siquiera pensar que hay en ello algo perverso, pues ese sólo pensamiento resulta ser la perversión en sí misma. Porque la perversión no existe en la naturaleza, sino exclusivamente en el insano intelecto de los que no pueden o no saben gozar.

Desde esa perspectiva, la vida resulta más fácil, más serena y, lo más importante, más plena. Y quienes quieren disfrutar de la vida no tienen que pedirle permiso a nadie ni tampoco rendirles cuenta. Y quizás es debido a esta imposibilidad del ser humano de reconocer el valor de las *contradicciones vitales* es que hemos construido una so-

ciudad donde el disfrute sólo es posible cuando lo acercamos al vicio, porque no comprendemos su verdadero significado que es, simplemente, complacernos.

—Hoy en día —Anteo tenía la cualidad del categorismo— las jovencitas son extremadamente complacientes. Quieren vivir, sentir, rebozar de emociones vitales. Pero, la verdad sea dicha, saben tanto del sexo como de la física de partículas.

—Pues entonces —le recomendé—, atiende a las maduras...

—Toto, amigo mío, ya sabes que te quiero mucho a pesar de ser escritor, defecto sumamente desagradable. Pero debo decirte que tus comentarios, en ocasiones, resultan deplorables. Porque las mujeres maduras en busca de aventuras no son sino el resabio de jovencitas insatisfechas; y las jovencitas satisfechas serán, en su futuro, maduras solitarias. Y todo es consecuencia de la falta de moderación, no sólo en el vicio, sino también en la virtud.

—Tú no eres muy moderado que digamos...

—Pues lo soy, y más de lo que crees —replicó con vehemencia—. Jamás sobrepaso mi límite y eso es, esencialmente, la moderación. No existe un patrón para ello, una regla fija aplicable a todos los humanos, porque no hay dos humanos iguales. Mi nivel de moderación no es, sin duda, el tuyo. Yo puedo beber media botella sin emborracharme, en cambio tú, con oler un corcho estás frito. Yo puedo devorar tres platos de *fetuccini* cuando tú no eres capaz de consumir uno entero. De la misma forma, puedo

hacer gozar a tres mujeres; tú, en cambio, te solazas más que suficiente con una sola. Estos son tus límites; esos son los míos, mi punto de moderación. Porque debes entender que la desigualdad de los humanos es tan absoluta que si encuentras a dos que te parecen similares, seguramente has cometido un error de apreciación. Lo relevante es que conozcas tus propios límites porque, si los sobrepasas, destruyes el placer y éste es uno de los más graves problemas de la humanidad, ese desconocimiento de los límites propios, que deberían enseñarse en el hogar y el colegio para que la sociedad funcione más armoniosamente. Porque la falta de moderación es lo que hoy impera, con todas las consecuencias que puedes apreciar. ¿Que necesitas alguna droga para estimularte? Perfecto, pero cuando sobrepasas tu límite, deja de ser un estímulo para convertirse en un infierno. Porque ¿sabes cuál es el verdadero infierno? Simplemente la falta de verdad, de tú verdad, el desconocimiento de tú realidad. Cuando se sembró en nuestra sociedad la idea de que cualquier pelafustán podía ser gerente, se destruyó la gerencia; cuando se consideró que cualquier hijo de vecino podía ser parlamentario, se destruyó la política; cuando se inculcaron los «derechos» como una propiedad inherente del individuo, se destruyeron esos mismos derechos. Y todo ello dio nacimiento al infierno que hoy vivimos, donde debido a la falta de moderación, ya no hay límites, no existen esas necesarias fronteras que ordenan las cosas de una forma armoniosa.

Se derribaron de un plumazo los linderos que daban contorno al mapa de la vida. Y todo ello, persiguiendo una de las quimeras más detestables que el hombre ha podido imaginar: la igualdad.

—¿No consideras esencial la igualdad ante la ley o la igualdad de oportunidades?

Anteo bebió su quinta copa de coñac y esbozó una de sus torcidas sonrisas.

—Eres más bruto de lo que pensaba —me dijo sin inmutarse y sin ningún temor a ofenderme, cuestión que ya he superado hace mucho—. ¿No te das cuenta que son sólo eufemismos? ¿Acaso alguna vez la justicia ha sido igualitaria? ¿Cuántos casos podrías mencionarme tú de poderosos sinvergüenzas que han ido a la cárcel? ¿Cuántos de esos poderosos evaden sus impuestos descaradamente? Y nadie hace nada. Y respecto de las oportunidades, ¿cómo puedes pensar en ofrecerle las mismas oportunidades a un imbécil que a un genio? ¿Es eso inteligente? Lo único que hace la sociedad, para evitarse la molestia de tener que complejizar el sistema, es establecer límites igualitarios y su consecuencia es, indefectiblemente, la mediocratización de la inteligencia. Y ante evidencia tan palmaria, prefiero mantenerme al margen, ser un anónimo más en esta sociedad de anónimos. Porque el anonimato es, finalmente, la única defensa que tenemos ya que destacarse puede resultar tremendamente perjudicial en una sociedad que siempre nivela para abajo. Recuerdo aquella historia sobre Demetrio, tirano de Siracusa

en la Magna Grecia que, interrogado por un embajador extranjero sobre de qué forma mantenía la paz en su reino, Demetrio le llevó a un campo de trigo y, con su bastón, comenzó a cortar todas las espigas que sobresalían. Nuestra sociedad actual, querido Toto, esta cuajada de Demetrios...

Tenía que reconocer que la sociedad presenta más dificultades que soluciones. Los individuos nunca dejan de serlo y las relaciones entre ellos, lejos de ser armoniosas, siempre están circunscritas al «aprovechamiento»; rara vez al «compartimiento». Por lo tanto, mi búsqueda de placer no ha de ser sino una batalla en contra de la misma búsqueda de los *demás*, cuestión completamente absurda si la miramos desde la perspectiva de las *contradicciones vitales*, pero absolutamente justificada desde el prisma de los *idealismos moralistas*.

—Ser un vividor —explicó Anteo— consiste, simplemente, en disfrutar de la vida. Pero cómo durante siglos nos han inculcado aquello de que el disfrute es pecado, ser vividor es una perversión. Yo pregunto; si todo en nosotros nos impulsa a buscar el placer, ¿qué sentido tiene demonizarlo? Lógicamente ninguno pero, políticamente, claro que lo tiene, porque destruye las bases de nuestra realidad, de nuestra naturaleza, y nos coloca en la posición de «malvados» que requieren «salvación», la que sólo algunas instituciones nos pueden brindar, previa renuncia de nuestra individualidad y nuestro dinero. Entonces uno vuelve a preguntarse ¿qué es más perverso, seguir el

impulso de nuestra naturaleza o dejarse embaucar por los cretinos que quieren destrozarla? Creo que no hay error posible en la respuesta. Y eso me ha impulsado a convertirme en un vividor porque lo considero la única forma digna de existencia de una individualidad hecha y derecha. Permitir que una «idea» menoscabe tu «biología» es lo mismo que usar un zapato de menor talla que terminará por destrozarte el pie, sin ningún beneficio ni para el pie, ni para el zapato; aunque sí para el pedicuro.

—¿Por qué habría de renunciar al placer que me ofrece una linda jovencita con su balsámico cuerpo? —me preguntaba Anteo—. ¿No sería un pecado precisamente el no gratificar nuestra naturaleza con tal goce? La cuestión aquí no tiene nada que ver ni con la jovencita ni con el goce propiamente tal, sino con la malévola intención de algunos de dirigir tu vida. Eso es todo.

Y tenía razón.

—Quien no vive intensamente la vida no tiene derecho a ella —reclamaba Anteo, categóricamente—. Lo que no hay que confundir es el término «intensamente», que no significa «excesivamente» sino todo lo contrario: con la mayor conciencia posible del placer.

Un día Anteo desapareció de mi vida tan furtivamente como había aparecido. ¿Qué fue de él? Lo desconozco. No volví a verlo. Y si bien no me hizo cambiar de opinión respecto a la necesidad humana de generar lazos robustos cuando se ama, me hizo comprender que esos lazos, por

muy robustos que sean, no deben tener el carácter de «dominantes», pues entonces se pierde absolutamente su sentido. Lo que recibe uno de los otros, si no es entregado con alegría y generosidad, jamás podrá tener en nosotros un efecto positivo. Lamentablemente, en la mayoría de los casos, los *demás* no dan nada sin esperar algo a cambio y eso es lo que los convierte en los *demás*, seres que desconocen la belleza que existen en aquella portentosa contradicción entre el egoísmo y la generosidad que, lejos de hacerlos antagónicos, los transforma en la más perfecta simbiosis de la vida. Porque ¿qué sentido tendría la generosidad sin egoísmo? Sería como dar algo que no te importa perder, cuando el valor de la generosidad estriba, precisamente, en dar aquello que valoras sin esperar retribución, es decir, sin perseguir el estímulo de tu egoísmo. Pero lo notable del proceso es que, de todas formas, tu egoísmo resulta beneficiado, estimulado, no por lo que puedas recibir a cambio, sino por el acto mismo de la generosidad. Y fue justo un vividor, un tipo que disfrutaba intensamente de la vida sin ningún sentido de la responsabilidad de la misma, el que me hizo comprender la grandeza de las *contradicciones vitales*. Cómo él mismo decía; «hacerse responsable de tu vida es tan absurdo como hacerte responsable de la vida de los *demás* porque, finalmente, nada de lo que tienes te pertenece, sino que forma parte de esa multitud de realidades que sólo es posible en el intercambio». Y esa era, también, una de esas *contradicciones vitales* que dan forma a la vida. Lo que sucede es que

algunos cobardes, incapacitados de enfrentarse a la vida tal cual es, quieren encajarla dentro de ciertos parámetros preestablecidos, con el único propósito de no correr riesgo alguno en ese *intercambio*, buscando salir siempre beneficiados. Pero la vida sólo es auténtica cuando uno gana y pierde, incluso simultáneamente; entonces descubrimos que vivir es un riesgo y si uno no está dispuesto a correrlo, nunca vivirá realmente. El riesgo es, quizás, lo esencial, pues determina nuestro valor, el auténtico aprecio que tenemos, no por la vida, sino por vivirla.

Anteo Lattapiat fue un vividor, uno de aquellos hombres que siempre supo apreciar lo que la vida le ofrecía y tomó todo lo que estaba a su alcance, porque tuvo el valor de hacerlo. Los *demás*, escondidos tras el tembloroso muro de sus moralidades hipócritas, no hacen más que envidiar a los que se atreven o, cuando deciden escapar de sus sucios escondrijos, no quieren aceptar las reglas del juego y buscan, desesperadamente, ser siempre beneficiarios sin arriesgarse jamás. Por eso inventan todas esas doctrinas que, por medio de argumentos torcidos, intentan justificar sus cobardías, condenando lo que no está a su alcance o justificando el despojo descarado que, en algún momento de poder, les permite la impunidad.

Y, sin embargo, nada cambia. La naturaleza continúa tan irreductible como siempre, impertérrita frente a las mezquindades de los cobardes e, incluso, ante las grandezas de los valientes. Porque la vida, finalmente, no distin-

que entre unos y otros; su indiferencia frente a la humanidad es la más portentosa señal de que, no importa lo que hagamos, continuará su curso insondable hacia el abismo del tiempo.

## X - Vuelta de Carnero

Cuando niños nos colocábamos con la cabeza en el suelo y nos empujábamos con los pies, con lo que girábamos y nos quedábamos mirando siempre en la misma dirección. Un giro en 360 grados, pero en vertical. Era una «vuelta de carnero», aunque jamás he visto a un carnero hacer tal cosa. Mucho menos a mí carnero azul que siempre me observa con sus ojos pequeños y vidriosos y su hocico abierto, emitiendo ese silencioso balido que ha sonado en mi mente desde mi niñez.

Se dice que las personas se dan una *vuelta de carnero* cuando parten haciendo gran alarde de cambiar las cosas, pero las dejan igual. Y he llegado a la conclusión que la vida es, de muchas formas, una *vuelta de carnero*, porque a pesar de todo el empeño que ponemos por producir cambios en nuestra existencia, finalmente nos quedamos, casi siempre, donde mismo o, lo que quizás sea peor, volvemos siempre al mismo punto de partida.

Porque yo sigo siendo, en mi interior, ese niño solitario y silencioso que era cuando me enfrenté al cuerpo vacío de

mi padre, colocado en aquel féretro barato. Y siento, a veces, que, en realidad, he avanzado muy poco, por lo menos en lo que respecta a mí mismo. Para los demás, soy casi un modelo a seguir. El bobo Toto, hijo de un padre imbécil y una madre puta, se ha convertido en el atractivo Toto, escritor de éxito, premiado, llevado al cine y que —por supuesto lo más importante para los *demás*— ha hecho fortuna. Hoy nadie se ríe de mí. Incluso nadie se ríe de mi padre, lo que es mucho decir. Nadie habla, tampoco, de mi madre...

Me invitaron, hace algunos años, a visitar mi antiguo colegio, donde sería recibido como «alumno ilustre». Ahora, todos los profesores decían que estaban convencidos que yo «llegaría lejos», aunque en realidad no daban por mi futuro un carajo. Pero son esas poses ridículas que sólo hacen daño a quienes las toman, pues es una sucia forma de mentirse a sí mismos. Pero asistí, a pesar de mi renuencia, porque me di cuenta de que debía cerrar el círculo, debía poner término definitivo a una parte de mi vida que, sin duda, había tenido importancia, pues allí había nacido el nuevo Toto, el que era hoy, pero no gracias a ellos, sino que, en gran medida, a pesar de ellos. Y en mi discurso, confesé. Confesé todas aquellas maldades que había hecho, los destrozos cometidos, las villanías, porque necesitaba hacerlo, necesitaba mostrar lo que había sido, quizás como una forma de pedir disculpas. Y se rieron mucho, porque cuando uno tiene prestigio y dinero se

le perdona todo y las canalladas pasan a ser simples «travesuras». Y me dio mucho asco porque, probablemente, de haberlo sabido en su momento, me hubieran expulsado, anatematizado, negándome cualquier acceso a la educación, por ser un niño malvado y canalla. Porque lo era, sin duda. Pero en este momento, como ya nada podían hacer y cómo, además, les otorgaba yo un nivel de prestigio que jamás nadie les había dado, todos hacían la vista gorda e, incluso, aplaudían mis brutalidades.

Una mujer se me acercó. Me costó reconocerla pues había cambiado muchísimo. Era Sonia, mi primer amor. Había engordado considerablemente y se pintarrajeaba como apache en pie de guerra. Tres mocosos malcriados saltaban alrededor de ella, que me miraba con ojos lánguidos, sin duda lamentando el pasado, su soberbia de adolescente. La acompañaba un tipo alto, delgado, con el rostro lleno de granos, que me resultó muy fácil de reconocer: era el «gorrión», que conservaba aún el aspecto de *flaite* a pesar de usar cuello y corbata. Nunca, en toda mi vida, me había sentido tan fuera de lugar, tan cohibido, como en aquella ocasión. No sabía qué decir, ni siquiera qué pensar. Cuando me dijo que había leído todos mis libros, sólo pude sonreírle. Esperaba la más mínima señal para alejarme, para no verme forzado a decir frases que no sentía pues, extrañamente, no quería herirla con mi falsedad. Ya se le notaba bastante amargada como para revolverle el dedo en la herida. Porque era solamente una mujer en declinación, una de las muchas que, deslumbradas por su

atractivo juvenil, olvidan que el tiempo lo estropea todo y, sumidas en una vanidad suicida, considerándose a sí mismas como merecedoras de lo mejor, arrastradas por los encantos de Narciso, terminan casi siempre con un trozo bastante mezquino del pastel de la vida —a veces unas cuantas migajas—, mascullando su amargura que colabora, obviamente, en estropearlas aún más. Pero tampoco podía ser yo hipócrita y decir frases finas por simple caballerosidad, cosa a lo cual nunca me había acostumbrado y que me resultaba detestable. Fue entonces cuando descubrí el verdadero sentido de la palabra *compasión*. Y cuando el director de la escuela me pidió que le acompañara, sentí un gran alivio, pero me acerqué a Sonia y le di un apretado beso en la mejilla que, probablemente, le hizo creer que aún guardaba yo por ella algún sentimiento, lo que, en cierto modo, era cierto; me producía mucha pena. Era una de aquellas personas que, como la mayoría, tienen grandes sueños en su juventud y que, enfrentadas a la realidad, a sus propios errores y deficiencias, terminan por deslizarse, inevitablemente, por la pendiente del abandono de sí mismos, descubriendo, algo tarde, que lo que no somos capaces de conquistar por nosotros mismos, nadie nos lo dará porque no pueden, porque lo único que merecemos en la vida es aquello por lo que estamos dispuestos a sacrificarnos. Y como nadie quiere hacer sacrificios —no demasiados por lo menos—, la mayoría termina por, o amargarse el pepino, o contarse mentiras, pero muy pocos tienen el valor de reconocer sus errores.

Y así es como nos pasamos la vida dándonos *vuelatas de carnero*, terminando siempre en el mismo lugar del principio, sin haber avanzado un solo milímetro, pero convencidos que nuestra pirueta ha sido fantástica. Lo que me lleva a preguntar, sin es que no parezco ya demasiado molesto —digo esto por mero formulismo ya que mi intención es, precisamente, molestar—, ¿para qué nos engañamos a nosotros mismos con mentirijillas pueriles? ¿Por qué no reconocemos nuestros defectos, nuestros peores y más graves defectos, y hacemos algo por superarlos? Por la sencilla razón de que, los *demás*, no tienen defectos, porque no hay nada más perfecto que la mediocridad, la nadería, la vacuidad o, por lo menos, la hemos llevado a un nivel de increíble perfección. Nos solazamos en nuestra ignorancia y la hacemos aún más profunda. Aprender significa entender, descubrir que *somos partícipes*, y eso implica una responsabilidad y no hay nada que ahuyente más a los *demás*, que la responsabilidad, porque la idea es merecerlo todo sin hacer ningún esfuerzo, sino ¿para qué existimos? Lógica irrefutable.

Y dentro de este contexto es donde podemos aplicar, sin temor a equivocarnos, todo avance científico y tecnológico: en el del utilitarismo irresponsable. Porque la computación ha tenido tan gigantesco impacto no porque sea un gran avance, sino porque disminuye el esfuerzo en todos sus aspectos, especialmente cuando es capaz de realizar, sin error, todas aquellas operaciones y actividades que antes requerían de conocimiento y paciencia y, peor

aún, hacía responsable al operario de sus resultados. En cambio ahora, cuando algo sale mal en este aspecto, la culpa la tiene el computador, el programa, el «sistema»... Y lo mismo sucede en medicina puesto que, antes, un diagnóstico hacía responsable al médico, en cambio hoy, hace responsable al laboratorio que realiza los exámenes. De esa forma, el «avance» que hoy vivimos resulta ser un «retroceso» respecto de la responsabilidad individual, puesto que, si el responsable de los errores es la tecnología, no hay responsable. Cada día es menor el esfuerzo físico y mental y de allí los altos índices de obesidad y estupidez.

Gabriel Collado era un obeso estúpido, es decir, un perfecto representante de nuestra sociedad autocomplaciente. Jamás, en toda su vida, había hecho algo digno de mención ni había puesto empeño en hacerlo, pues su *filosofía* —¿se han fijado que los mediocres siempre tienen una *filosofía* que los justifica? — era simple —no podía serlo de otra forma— pero sólida: has lo menos posible porque de esa forma no cometes errores o, por lo menos, no se notan. Y si eres jefe, no importa que cometas errores, pues siempre tienes subalternos a quienes imputárselos. Pero la regla principal que guiaba todos los actos de su vida era: pasa desapercibido. De esta forma, la vida carece de complicaciones y puede uno transitar con confianza en cualquier ámbito de la sociedad, seguro de no ser molestado ni de perder las mezquinas posiciones que se logran. Es la *ley de la sombra* que, a pesar de su simple propósito,

es tremendamente compleja, pero de muy sencilla aplicación. La sombra depende de la luz, por lo que hay que evitarla. Si no puedes soslayarla, intenta proyectarla lo más brevemente posible. Si no puede evitar lo anterior, ponte al lado de otros para que se confunda. Jamás, por ningún motivo, proyectes tu sombra sobre tu jefe, por obvias razones. No puedes evitar que tu sombra te siga pero puede asegurarse que no es tuya y, si lo haces con suficiente vehemencia, es muy probable que los *demás* estúpidos te crean. A ello, basta agregar aquella frase esencial a todo mediocre y que dice, simplemente: «yo no fui». Con saber todo eso no necesitan nada más para pasar por esta vida sin ser molestados e, incluso, habiendo conseguido, muchas veces, beneficios que no se merecen. Así la vida se vuelve simple, soportable, incluso agradable, en la medida que uno se mantenga dentro de los márgenes establecido por dichas normas, porque si cae uno en el gravísimo error de cuestionarse dichas normas o, más grave aún, de utilizar la gran cantidad de tiempo ocioso de que goza, para «instruirse», entonces todo está perdido. La desidia y la ignorancia son fundamentales para que el *sistema* funcione.

Gabriel Collado aplicaba todas esas reglas rajatablas. Si de su boca salió alguna vez una palabra inteligente, probablemente corrió a lavársela con jabón. Si alguna vez, como funcionario público, le solucionó un problema a algún semejante, sin duda que se debió a un error. Porque la

principal tarea de los funcionarios públicos no es solucionar problemas, sino crearlos, como una forma de justificar el sueldo. Y Gabriel sabía eso muy bien. Cuando alguien necesitaba hacer un trámite, le pedía una lista de documentos entre los cuales, siempre, omitía alguno. De esta forma, hacía volver al incauto que caía en sus garras en varias ocasiones hasta que, finalmente, cuando ya perdía el chiste el asunto, le timbraba la solicitud pertinente sin siquiera mirar la ruma de documentos que previamente había exigido. Y se sonreía con un descaro insultante, sabedor que era intocable pues, de presentar una queja el afectado, ésta seguiría el «conducto regular» que concluye, indefectiblemente, en la papelera. Es decir, una *vuelta de carnero*.

Es nuestra *sociedad de enemigos* que los avances tecnológicos han llevado a su máxima expresión, precisamente por excluir la responsabilidad personal al endilgársela a entidades inertes que no pueden defenderse y, por lo tanto, inimputables. Otra *vuelta de carnero*, pues hagamos lo que hagamos siempre hemos de terminar en el mismo sitio, sin lograr ningún avance. Y es de lo que la mediocridad vive, se alimenta, respira y goza. El máximo orgasmo de un mediocre es imponerse sobre el capaz; anularlo, una bacanal. Nadie puede luchar contra este monstruo de mil cabezas, porque finalmente es un monstruo anónimo, principal virtud del mediocre.

La *vuelta de carnero* tiene la cualidad de hacer parecer

que se hace algo en la vida; es movimiento y eso es suficiente, aunque no lleve a ninguna parte. De allí que sea el principal ejercicio practicado por los *demás*. Es la pirueta esencial de la política, sin la cual nuestros gobernantes pasarían desapercibidos o, lo que es peor, tendría que hacer algo productivo. También la filosofía la utiliza mucho, cuando parte exponiéndonos un problema a solucionar y termina por dar una solución que es un problema. Para la religión es, también, esencial, por lo cual inventaron aquello del «pecado original» y nos indicaron que la única alternativa es aceptar su existencia. En fin, ayuda a hacer creer a la multitud que avanzamos, que perseguimos una meta, hasta que, si en algún extraño momento de reflexión alguien entre los *demás* se pregunta: ¿cuál meta?, descubre que no existe, que no es más que una ilusión que carece de todo realismo. Y es en ese momento, en ese preciso instante, en que, de la multitud de los *demás*, emerge un hombre de genio.

## XI - El Reino de la Calma

He sido bastante disperso, lo reconozco. Pero así es como se desarrolla la vida; uno camina en una dirección y, de pronto, nuestro rumbo se ve obstaculizado y debemos buscar alguna alternativa o, en casos extremos, una vía de escape. Pero yo no escapo de nada. Lo quizás más terrible de mi vida es que no puedo evadirme del enfrentamiento y he tenido que enfrentar muchas cosas. Principalmente, el terrible descubrimiento de que nuestra vanidad es lo más inútil y estúpido en lo cual malgastamos el tiempo y que ha sido quizás lo más valioso de mi vida y tuve la suerte de descubrirlo muy tempranamente. Aunque en un principio me dejé llevar por esas emociones vulgares que nacen del éxito prematuro, pensando en la envidia que sentirían aquellos que antes me habían despreciado, pronto me di cuenta que era una pérdida de tiempo, porque ninguna experiencia, por dolorosa que sea, es capaz de modificar los criterios del mediocre, para quien siempre hay algún resquicio que le permite alimentar el des-

precio que siente por aquellos que triunfan, ya que es, precisamente, el triunfo ajeno lo que más les duele. No iba yo a perder mi tiempo en ello, pues eso significaba que le estaba dando importancia a algo que no tenía, en realidad, ninguna. Así que dirigí mis pasos hacia la experiencia, hacia el descubrimiento de mi vida, porque la verdad es que uno no *construye* su vida: la *descubre* a cada momento, en cada circunstancia, porque ya *está hecha*, ya ha sido *construida* por nuestros genes, nuestra ascendencia y por aquellas prematuras experiencias de nuestra niñez, especialmente cuando hemos tenido que sobrevivir a la pena del fracaso de nuestros padres, amigos e, incluso, enemigos y, cada vez que intentamos tomar un rumbo diferente al que esa realidad nos ha impreso en nuestra conciencia, nos damos cuenta que no tenemos a dónde ir. No se trata de predestinación ni ninguna de esas tonterías que no son más que excusas de fracasado; se trata de una especie de preacondicionamiento que quizás podemos, de intentarlo, quebrantar, pero que significaría partir de cero, de la nada, enfrentándonos a un futuro tan pavorosamente vacío, que preferimos desechar y dejarnos llevar por el conocido sendero de nuestros errores.

Pensarán que no soy un hombre feliz, pero se equivocan. Porque he descubierto que la felicidad nada tiene que ver con tener compañía o con cumplir con los objetivos preestablecidos por la sociedad; en realidad es todo lo contrario. La verdadera felicidad está en nuestra capaci-

dad de soñar, de imaginar, de llenar nuestra vida de nuestras propias emociones y no en inundarla con sensaciones externas o ajenas que rara vez logran llenar algún vacío nuestro. Mi felicidad es leer, escribir, oír música, tomar un café en la mañana, cenar un trozo de carne asada y dormir ocho horas. Mi felicidad es aprender, cada día, algo nuevo, descubrir que la capacidad de asombro no tiene fin, que la curiosidad nunca se sacia, que los recuerdos siempre son amistosos aunque los hechos que los generaron hayan sido crueles. Porque cada uno de los personajes que aparecieron en mi vida, tenían algo que decirme; sólo tenía que saber escucharlos. Incluso el, para mí, doloroso alejamiento de Paula, que en su momento desgarró mis emociones, hoy se ha convertido en un recuerdo amistoso, sereno, y su imagen, siempre presente en mi memoria, me recuerda que una vez amé sincera y completamente y que ese sólo hecho da a mi vida un nuevo valor, una nueva sensación, que enriquece mi existencia.

Pero tampoco soy un anacoreta que ha abandonado toda compañía, con la diferencia que ahora no persigo, a cada momento, alguna nueva sacudida que estimule mi substancia. Todo se vuelve más calmo con el tiempo, mastizando lenta y concienzudamente cada experiencia, degustando sus diversos sabores con esa parsimonia deleitosa que hace que cada cosa nueva adquiera un valor propio más allá de su permanencia. Y Gloria es, debo reconocerlo, una compañera ideal, pues reúne todos aquellos requisitos que un hombre como yo, a esta altura de la vida,

puede pedir. Y tiene, además, todas aquellas virtudes y defectos que puedo tolerar, aunque mi tolerancia, lejos de menguar, se ha ido ampliando paulatinamente, aceptando que las cosas son como son y que el intentar cambiarlas no sólo puede ser una pérdida de tiempo sino que, además, en muchos casos, un daño irreparable. Porque descubre uno que, en ocasiones, el encanto de los demás no está en sus virtudes, sino en sus defectos, sin los cuales su personalidad valdría un comino. Pero ya no me importa mucho la valorización moral que pueda hacer de una persona, sino el efecto que pueda causar en mí. Y cuando Gloria aparece en mi casa, siempre sin aviso, siempre con alguna curiosa circunstancia que relatar, me siento y la escucho y me deleito con el encanto que me produce su amor por la vida, por cada suceso que, insignificante para muchos, ella logra desenmascarar o inventar como algo especial e, incluso, maravilloso. Y cuando hacemos el amor, siempre que ella lo desee, me regocijo al darme cuenta de que mi único afán, mi principal propósito, es su goce, que ella lo disfrute, y que eso es lo que me da, a mí, mi mayor placer. Ni siquiera sé dónde vive pues nunca la he visitado ni ella me ha invitado. ¿Está casada, con hijos? ¿En dónde trabaja? ¿Tiene amigos? ¿Algún otro amante? Ya no me importa ni quiero saberlo. En gran medida es ese misterio que la rodea lo que la hace, para mí, más excitante. Y me atemoriza el pensar que, si le preguntara algo sobre su vida, quizás cometería el error que Elsa cometió con Lohengrin y todo el encanto se desvanecería, todo se

diluiría, y la perdería para siempre. Así que guardo respetuoso silencio y me conformo con su mágica presencia sin ninguna intención de *poseerla*, de desearla sólo para mí, deseo que es bastante estúpido, ya que nunca podemos aspirar tener a alguien completamente, salvo que renuncie a su personalidad y, en ese caso, ¿de qué nos serviría? Sólo para alimentar un ego enfermo. No. La prefiero así, con toda esa magia, con esa intempestividad que rebasa cualquier imaginación. Y ni siquiera sé si la amo, aunque cuando abrazo su cuerpo desnudo y cálido y escucho sus gozosos susurros, no quisiera soltarla jamás. Y si eso no es amor, se le parece bastante. ¿Qué sucederá en el futuro? Ya he dejado de pensar en el futuro como algo que se construye. Incluso ahora prefiero hablar del *porvenir*, que es, en verdad mucho más certero.

Muy distinto es el caso de Fabio, un gay que conocí en el café donde tengo por costumbre tomar mi desayuno, porque él le cuenta su vida y milagros a todo el que esté dispuesto a escucharlo. Es un tipo simpático, ingenioso, que trabaja como ejecutivo en un banco y que dedica su tiempo libre a la pintura, por lo que siempre desprende un leve aroma a trementina.

—Mi padre, que admiraba los romanos —me comentó—, me llamó Fabio Cunctator Herrera de la Cerda. Adivinarás que no le estoy muy agradecido.

—Pues deberías —le dije— porque ese fue un personaje notable. ¿No has leído sobre él?

—Comprenderás que, si no me gusta el nombre, menos quiero saber de quién se trata. Además que, siendo gay, ya el llamarme Fabio resulta demasiado explícito...

Así que, una mañana, mientras consumíamos un portentoso desayuno que incluía tostadas, pasteles y otras delicias cuajadas de calorías, le conté quién había sido ese notable personaje.

—Cunctator —le dije— es un apodo que le dio el Senado Romano, porque retrasaba la lucha en contra de Aníbal, el cartaginés. Su nombre era Quintus Fabius Máximus...

—Debo agradecer a mi padre el que no me puso su nombre real...

—Le acusaron de cobardía frente al enemigo porque evitaba enfrentarse a Aníbal —continué explicándole—. Le habían nombrado dictador para hacerle la guerra al cartaginés, pero Fabio se dio cuenta que no tenía posibilidades de vencerlo, así que se dedicó a hostigarlo. Aníbal, su adversario, fue el único, en un principio, que supo apreciarle. Le quitaron a Fabio el mando y se lo dieron a dos generales que fueron derrotados en Cannas. Entonces se dieron cuenta que el Cunctator tenía razón y le devolvieron el mando. Aníbal no logró derrotar a los romanos porque Fabio, «el cauteloso», jamás le hizo frente.

Fabio permaneció un momento en silencio.

—Por lo menos —dijo— era un tipo inteligente. Creo que vas a conseguir que logre congraciarme con mi nombre.

—Deberías hacerlo. Son pocos los individuos en la historia, que han logrado destacar por su inteligencia. La mayoría de las personas sienten una morbosa atracción por los carniceros.

Fabio —me refiero a mi amigo gay— no había logrado asimilar el rechazo de su familia que, siendo personas muy religiosas, le descartaron de plano cuando él reconoció su condición sexual. Aunque posteriormente le «perdonaron», nunca volvieron a aceptarle totalmente y, obviamente, aquello había producido un golpe formidable en su espíritu, lo que es casi imposible de superar. Pero con el tiempo y la distancia había logrado congraciarse consigo mismo, aunque nunca había logrado encontrar una pareja estable, cuestión que le mortificaba profundamente ya que, al contrario de lo que la mayoría cree, los homosexuales tienen los mismos sentimientos de los heterosexuales, aunque el objeto sea diferente.

Pero no era su condición sexual la que me interesaba, sino su particular forma de ver la vida que, en ocasiones, resultaba bastante original. Extrañamente, nunca se refería a lo sexual, quizás a consecuencia de su experiencia, y esto le hacía completamente diferente a la mayoría de mis conocidos que se destacaban por su obsesión, a veces incluso feroz, respecto del tema. Fabio deambulaba intelectualmente en el ámbito de las artes, que era algo más que su pasatiempo.

—Quisiera dedicarme totalmente a la pintura —me explicaba—, pero me moriría de hambre. Además, me gusta

vivir bien, cómodamente, y mi odioso empleo me brinda esa satisfacción. Así que me acomodo a las circunstancias. ¿Te das cuenta de que la vida no es más que un perpetuo *acomodo*? No hacemos más que buscar las compatibilidades entre lo que es y lo que quisiéramos que fuera y quizás eso sea lo mejor, ya que, si fuera como quisiéramos, probablemente sería un desastre.

Y yo meditaba sobre la gran verdad que aquello encerraba. Porque jamás, en toda mi vida, pude hacer lo que deseaba y, si lo hubiera hecho, quizás jamás hubiera llegado a donde estoy, aunque a muchos les puede parecer poca cosa. Ya hace tiempo que la vanidad del escritor, la sensibilidad del vividor, desaparecieron. El éxito me parece una tontería y el goce dislocado, una grosería. No voy a hacer un recuento de mi vida; no vale para tanto. Lo que si hago casi todo el tiempo es agradecer a mi inteligencia el haberme guiado a este fin, tranquilo, reposado, suave, donde puedo disfrutar de aquella infinidad de detalles que nos rodean y que tienen más que decir, sin duda, que todas las grandes manifestaciones rutilantes que se desvanecen como una pompa de jabón.

—El arte tiene la cualidad —decía Fabio— de llenar casi todos los vacíos de nuestro espíritu quizás porque su principal característica es ser intangible. ¿De qué vale la tela o el marco de un cuadro? ¿De qué valen los colores, los pinceles? Lo que importa es la imagen, algo que sólo puedes tocar con tu mente, con tus emociones, y que ha nacido de un *momento de inspiración*, contándonos toda

una historia, nuestra historia, mezclada con la del creador. Es la simbiosis de los espíritus sensibles.

*Momento de inspiración.* En realidad esa era la clave de todo. Los *demás* viven una vida de «deseos», donde predomina el principio de causa y efecto, imposibilitados de evadirse de la materialidad. Pero cuando uno logra «tomar el desvío», cuando dejamos de lado esa materialidad aplastante y bulliciosa, es cuando comenzamos realmente a vivir, cuando nuestros deseos adquieren real sentido, cuando nuestra individualidad logra encajar en la realidad sin forzamientos, cuando descubrimos que hemos perdido tontamente el tiempo intentando satisfacer nuestros insaciables apetitos y que jamás, por el hecho mismo de ser insaciables, alcanzaremos una satisfacción. Eso nos convierte en un hámster en la rueda, que no va a ninguna parte.

Y es en ese *momento de inspiración*, ese instante especial que nos dice que hay más opciones de las que imaginamos, cuando todo adquiere sentido. Y al recordar ahora a Erva, a Anteo, en fin, a todas aquellas personas que, en algún momento, formaron parte sustancial de mi existencia, me doy cuenta de que jamás ejercieron en mí otra influencia que la de hacerme pensar, pero que jamás me obligaron a pensar de una forma específica. Y entonces supe que eran todas ellas, a pesar de lo que se piense, «buenas personas», porque las «malas personas» son, precisamente las que quieren obligarte a vivir como ellos piensan que es correcto, en cambio las otras, respetan tu libertad.

Mi *momento de inspiración* fue aquel en que decidí ser escritor, ser yo y *mi impulso*, porque si hubiera seguido el camino indicado por las normas, hoy sería nadie, un triste funcionario, un malicioso empleado o un pelafustán más del montón; un *demás...*

# Epílogo

¿Qué espero de la vida? Esa es la pregunta que todos nos hacemos en algún momento, sin darnos cuenta de que la pregunta correcta debería ser: ¿qué espera la vida de nosotros?

Nuestro ombligo es, sin duda, el principal eje de nuestra existencia; lo admiramos con fervor, le alimentamos, lo cuidamos, dedicamos nuestra vida a su felicidad y, de pronto, a veces cuando ya no podemos hacer nada o casi nada, nos damos cuenta de que no es más que un pseudoagujero inútil.

En este disperso recorrido por mi vida he podido constatar que, finalmente, no le guardo rencor a nadie, ni siquiera a los *demás*, que quizás no tengan la culpa de serlo. Porque el rencor, como el ombligo, tampoco presta utilidad alguna y no hay nada más idiota que perder el tiempo en las cosas inútiles.

¿Podemos hacer un mundo mejor? Yo ya lo he hecho, porque *mi mundo* es buenísimo. Y no puedo hacer que *su*

*mundo* sea mejor, porque no es el mío; sería de una violencia imperdonable que me inmiscuyera en construir su mundo de acuerdo con mi criterio. Debe hacerlo usted solo, si es que quiere. Lo único que puedo hacer por usted es explicarle ciertos principios básicos necesarios para guiar nuestros pasos, tales como el desarrollar un buen apetito por el conocimiento, sensibilizar lo más posible vuestros sentidos para poder ver los detalles clarificadores, erradicar vuestros sentimientos perversos especialmente la vanidad y la envidia, etc. Y, casi sin darse cuenta, tendrá *su mundo* construido. ¿Le interesa?

La muerte nos espera a la vuelta de la esquina. Es inevitable. Seguramente pensará, ¿para qué tanto esfuerzo si, finalmente, no morimos? No sé usted, pero para mí, vale la pena. Porque, ¿de qué otra forma justificamos el aire que respiramos? Piense que de doscientos millones de espermios, uno solo, el que le hizo a usted, llegó a la meta, en una lucha desaforada y cruel en contra de toda clase de obstáculos. Así que, si no hacemos algo con nuestra vida, no pasamos de ser un desperdicio de semen. Y todo esto dicho sin considerar el hecho de que la vida es, en sí misma, la más maravillosa magia de la naturaleza, para la cual no hay explicación, ni justificación, ni argumentos... Simplemente ES, y esa es su mayor belleza, su grandeza; el hecho de que la vida no necesita explicarse ni justificarse, y sólo requiere **ser vivida**. Y, quizás lo más importante, cada cual debe vivirla a su manera pues, si no, no tendría sentido el enorme esfuerzo de la naturaleza por

hacernos a todos distintos. Esa variedad, esa diversidad, es precisamente la que justifica la existencia de cada uno de nosotros y si usted quiere ser un *demás*, uno del montón, un anónimo, entonces su vida carece de sentido, se vuelve prescindible, innecesaria.

Esta es la gran verdad que, en este paseo que he hecho por todos estos años, ha resultado como conclusión de mis experiencias. Erva, Anteo, Mónica, Beatriz, Gastón, Fernando, Fabio, mi querida Gloria, mi amada Paula, todos ellos han sido *alguien*, porque de alguna forma, lucharon por ser *ellos mismos*. Por eso merecen todo mi respeto, porque por haber sido *ellos*, fueron *algo* para mí, porque la única forma de ser *alguien* para los otros, es ser *alguien* para sí mismo. Construir, entonces, su propio mundo, no es una opción; es la única opción. Claro que tiene la otra alternativa, sin duda, pero no es una opción, sino su negación.

Un café cargado, un cigarrillo, algo en qué pensar... y alguien con quien compartir lo que somos. ¿Necesitamos más?





## Colección Deuntirón

Es la perra naturaleza que nos obliga a vivir a como dé lugar, sin tregua, sin medida incluso, sometidos a la despiadada realidad a la que su exigencia nos somete, ese «sobrevivir y reproducirse» que es su sentido esencial, su *catecismo*, aquello que nos eleva y nos hunde simultáneamente, según sea nuestra forma de enfrentarlo. Pero incluso eso que nos eleva y nos hunde es un «punto de vista» como todo, una forma de verlo que depende de nuestros criterios. Arcadio hacía tiempo que venía reflexionando sobre aquello, sobre el por qué nos empeñamos en ser algo que nunca seremos y cómo hemos perdido el tiempo durante milenios.